
Recojamos la red

30

*principios
básicos
para guiar
a otros a
Cristo*

pública y personalmente



O. S. HAWKINS

RECOJAMOS LA RED

30 Principios básicos
para guiar a otros a Cristo
pública y personalmente

O. S. Hawkins

Traducido por
Josie de Smith

CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

7000 Alabama Street, El Paso, TX 79904 EE. UU. de A.

www.casabautista.org

Recojamos la red. © Copyright 1995, Casa Bautista de Publicaciones, 7000 Alabama St., El Paso, Texas 79904, Estados Unidos de América. Traducido y publicado con permiso. Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción o transmisión total o parcial, por cualquier medio, sin el permiso escrito de los publicadores.

Publicado originalmente en inglés por Broadman Press, Nashville, Tennessee, bajo el título *Drawing The Net*. © Copyright 1993 por O. S. Hawkins.

A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas han sido tomadas de la Santa Biblia, Versión Reina-Valera Actualizada, © Copyright 1989, Editorial Mundo Hispano. Usada con permiso.

Ediciones: 1995, 1999

Tercera edición: 2002

Clasificación Decimal Dewey: 253.7

Tema: Obra de evangelización

ISBN: 978-0-311-42099-5

C.B.P. Art. No. 42099

3 M 1 02

Impreso en Canadá

Printed in Canada

Dedicatoria

A David Hamilton

Mi amigo y compañero en el ministerio. Durante casi veinte años ha estado a mi lado, compartiendo el ministerio en distintos lugares. Juntos hemos extendido la invitación personal a cientos de personas en sus hogares, retirándonos luego con gran regocijo.

Al extender yo la invitación pública cientos de veces desde el púlpito, él ha estado de pie “en el frente” para recibir cálidamente a los que respondían, apoyándose y orando por mí todo el tiempo. Nos gozamos el uno en las victorias del otro como si fueran las nuestras propias. Gracias, David. ¡Eres el mejor!

Índice

Introducción	7
1. Que sea profético	13
2. Que sea claro	16
3. Que sea positivo	19
4. Que sea personal.....	21
5. Que sea penetrante	23
6. Que sea convincente	26
7. Que sea directo	29
8. Que sea piadoso	33
9. Que sea apremiante.....	36
10. Que sea apasionado	39
11. Que sea afable	42
12. Que sea sin apuros	45
13. Que sea público	47
14. Que sea “premeditado”	50
15. Que sea práctico	52
16. Que sea psicológico	55
17. Que esté saturado de oración	57
18. Que sea permanente	61
19. Que sea pertinente	63
20. Que sea integral	66
21. Que sea sensitivo	69
22. Que sea natural	74
23. Que sea preciso	76
24. Que sea excelente	78

25. Que sea provocativo	80
26. Que sea irradiador	83
27. Que sea arrasador	87
28. Que sea productivo	89
29. Que sea providencial	91
30. Que sea prudente	94
Apéndice A: El llamamiento público	96
Apéndice B: El llamamiento personal	101

Introducción

“Recoger la red” era una expresión común en el mundo galileo del primer siglo. Para los que se ganaban el sustento como pescadores en las orillas del mar de Galilea significaba la culminación de una expedición de pesca, la cosecha, por así decirlo. Jesús pasó la mayor parte de su ministerio terrenal junto a este mar. Allí llamó a sus seguidores a ser “pescadores de hombres”.

El caso es que, llegado el momento de elegir al “equipo” que usaría para llevar su mensaje al mundo, escogió para la tarea a unos pescadores comunes, toscos, de manos encallecidas. Seleccionó a hombres que sabían lo que significaría ser pescadores de hombres y recoger la red. Tres años y medio después de convertirse en seguidor de Jesucristo, Simón Pedro, el “gran pescador”, de pie en el monte del templo en Jerusalén, predicó su gran sermón de Pentecostés, y recogió la red “con otras muchas palabras” (Hech. 2:40). El resultado fue la conversión de 3.000 personas y el nacimiento de la iglesia.

Cuando pienso en “recoger la red”, extender la invitación del evangelio, me viene a la mente Sam “Espina de Pescado” Ellis, pescador por excelencia. Recuerdo bien la experiencia aquella. Me desperté antes del amanecer y encendí la luz de la habitación del hotel. Una docena de bichos en el piso huyeron a sus escondites. Fui hasta el baño donde, con dificultad, abrí el grifo herrumbroso del que comenzó a salir un hilito de agua que me bastó para lavarme la cara y cepillarme los dientes. La isla Bimine cuenta con pocos artefactos modernos. Tiene una sola y angosta calle que serpentea desde un extremo al otro de la isla. Su único lugar de recreo es el bar “Papa Hemingway”, cuya música caribeña domina el panorama nocturno. Pero yo no me encontraba en Bimine buscando comodidades. Estaba allí para pescar un pez muy especial

(Albula vilpes) que vive alrededor de la isla; ¡el pez “deportivo” más codiciado del mundo!

Sam me esperaba en su bote a la hora convenida. Este viejo guía pesquero es legendario en la zona, habiendo aparecido en la tapa de la revista LIFE en el pasado y pescado con renombrados dignatarios mundiales. Sam ha pescado en estas aguas toda su vida y, aunque ahora ya es anciano, todavía puede detectar una aleta dorsal que se asoma sobre el agua desde una distancia de más de cien metros. Con este pez en realidad conseguir uno es más caza que pesca. Es un arte sui generis y “ensartar” y “depositar” en el bote a dos o tres Albula vilpes constituye un gran éxito para una jornada de pesca.

Sam y yo pescamos todo el día bajo un sol abrasador. Ese día aprendí de Sam más de la vida que de la pesca. Al caer la tarde, ya en vuelo de regreso a casa anoté en mi diario unas palabras que describen al viejo legendario de la isla. Positivo fue la primera palabra que pensé. Muy temprano aquella mañana al alejarnos del muelle, sus primeras palabras fueron: “¡Hoy es el día! ¡Por allí nos espera el Albula vilpes que rompe todos los récords!” Para cuando llegamos al lugar donde pescaríamos, me había entusiasmado tanto que ya estaba pensando si exhibir mi trofeo en la oficina o en casa. Aprendí, ante todo, que un auténtico pescador es siempre positivo. ¡El pez más grande está al alcance del anzuelo!

Al seguir pensando en ese día, mientras contemplaba las azules aguas del Atlántico, escribí debajo de positivo, la palabra persistente. Es una cualidad que describe perfectamente a Sam. Ya para el mediodía, quemados por el sol, golpeados por las olas, no habíamos visto la más mínima señal del pez que buscábamos. Yo ya estaba listo para volver a tierra y pasar el resto del día recostado bajo una palmera leyendo un libro. ¡No así Sam! Sin duda Winston Churchill aprendió su famoso discurso “Nunca te des por vencido” al estar con Sam “Espina de Pez” Ellis. Sam persistió pasado el medio día y ya entrada la tarde hasta que nos encontramos con “el grande”. Enseguida me vino a la mente la palabra paciente y la escribí. Sam era un pescador de ley, y como todo auténtico pescador, era paciente. Nunca parecía estar apurado, y lo que más me impresionó fue que estaba dispuesto a probar distintos métodos. Cuando nada picaba con una carnada, la sustituía por otra. ¡Flexibilidad! No se había encerrado en un sólo método de pesca y esto tuvo, al final, su recompensa.

Al aterrizar el pequeño hidroavión, llegando a destino, anoté rápidamente un recuerdo final de un hombre que nunca olvidaría. ¿La palabra? Apasionado. Luchamos con un enorme pez durante veinte minutos hasta que, cuando ya estaba a unos tres metros del bote (y a pocas horas del taxidermista), saltó fuera del agua, escupió el anzuelo en nuestra dirección y se fue. A Sam casi le da un ataque. Es claro, un auténtico pescador es apasionado, es decir, siempre ¡odia perder su pesca!

Muchas veces vuelvo a recordar a Sam cuando pienso en recoger la red y reclutar a hombres y mujeres para que sean parte de “nuestro equipo”. Quiero verme rodeado de gente como aquel viejo, tosco pescador, con sus manos encallecidas, hombres y mujeres que sean positivos, persistentes, pacientes y apasionados. Esta es la razón exacta por la cual Jesús de Nazaret eligió la clase de hombres que escogió para integrar su “equipo”, los doce a quienes capacitaría, motivaría y finalmente enviaría para literalmente transformar al mundo. Eligió a los “Sams” de su tiempo, fuertes, toscos pescadores de manos curtidas que habían pasado su vida pescando. ¿Por qué?, quizá porque Jesús sabía que el pescador auténtico es siempre positivo, siempre buscando la solución a cada problema en lugar del problema en cada situación. También reconoció que el verdadero pescador es persistente. ¡Nunca se da por vencido! Sigue trabajando. También es paciente, no le domina el pánico cuando lo presionan, y está dispuesto a usar distintos métodos. Y, por último, Jesús bien sabía que el verdadero pescador es apasionado. Siempre sufre cuando pierde su pez.

Pero, a diferencia de Sam, los seguidores de Cristo pescaban con redes. Usaban redes de unos 5 metros de diámetro con pesas en los costados. Las echaban al mar y luego las recogían dentro de la barca con los peces que habían atrapado. En cierto sentido, estas redes presentan un poderoso cuadro de la iglesia con su llamado a ser pescadores de hombres. El pastor Adrian Rogers, al referirse a este punto en su clásico sermón sobre las redes, con agudeza observa que la red es “un montón de naderías todas entrelazadas”. ¡Qué cuadro de la iglesia! Esto somos, sencillamente un montón de naderías todas entrelazadas.

Encontramos en las Escrituras que en distintas ocasiones los pescadores junto al mar de Galilea “remendaban” sus

redes. Si tenían cuerdas rotas, les costaría en el momento de la pesca. Los peces escaparían de la red. Es de vital importancia que la iglesia esté bien “entrelazada” en amor y unidad. Si hay roturas en la comunión, costará en el momento de la cosecha. Muchas iglesias ven pocas almas salvadas, y no es necesariamente porque no están recogiendo la red. ¡El problema es que la red está llena de agujeros!

Otro factor importante en la pesca con red es su lavado. La Escritura menciona que los discípulos estaban “lavando sus redes” cuando se les apareció Jesús. La red debe desplazarse por el agua sin ser vista. Pero, si contiene suciedad, musgo u otra basura, no se desplaza tan suavemente y espanta a los peces. Y si se la deja sucia, eventualmente se pudrirá. Es importante que nosotros, la iglesia (o sea la red) estemos limpios ante Dios. Si nuestra vida tiene suciedad nos costará en el momento de la cosecha. Muchas iglesias ven a pocas almas que se salvan y muchas veces no es porque no recojan la red. Es porque los que ocupan lugares de liderazgo no viven vidas limpias ante Dios y el pueblo y, en consecuencia, los peces se espantan.

No basta con que la red esté remendada y limpia, ¡debe ser arrojada! Muchas son las iglesias que viven en unidad y amor y con vidas limpias, pero nunca arrojan la red donde abundan los peces, es decir, fuera de las cuatro paredes del templo. Cuando el pastor predica públicamente el mensaje de Cristo, está “arrojando la red”. Cuando el laico comparte personalmente su fe, está arrojando la red. Es imposible ser “pescadores de hombres” si nunca arrojamos la red.

Pero hay un elemento más en la pesca con red. Y desafortunadamente, muchas veces se descuida. Hay quienes remiendan sus redes (viven en amor y unidad unos con otros), lavan sus redes (viven vidas limpias ante Dios) y arrojan sus redes (es decir, comparten su fe) y, sin embargo, no recogen sus redes dentro de la embarcación.

Recoger la red es lo que hace el predicador o laico cuando extiende la invitación del evangelio. Recoger la red es lo que el cristiano hace cuando, después de presentar el mensaje de salvación, pide una decisión. Recoger la red es lo que hizo Pedro el día de Pentecostés cuando la Biblia dice: “Y con muchas palabras testificaba y les exhortaba (a venir a Cristo).”

Este libro ha sido diseñado a fin de preparar mejor al lec-

tor para extender la invitación de las buenas nuevas tanto pública como personalmente. Es para el pastor en su púlpito. Es para el hombre de negocios sentado junto a una persona perdida en el avión. Es para el joven en la escuela. Es para la dama en su casa o para el muchacho en su partido de fútbol. Es para el pastor bivocacional, el evangelista que quiere afilar sus herramientas. En resumen, este libro ha sido diseñado para toda persona en todas partes que toma en serio el llamado de Cristo a ser activo en... *¡recoger la red!*

1

Que sea profético

El domingo de Resurrección es el domingo más especial y de mejor asistencia en el calendario de la iglesia. El día de Resurrección pasado asistió a nuestro templo más cantidad de gente que nunca. El lugar de estacionamiento y los garajes estaban llenos y la gente seguía viniendo.

La persona más ocupada ese día fue el agente de policía de nuestra comunidad, de pie en un cruce de calles al ir llegando miles de personas. Con un toque de su silbato extendía su mano hacia adelante ordenando a los autos que se detuvieran. ¡Y lo hacían! Con otro toque se dirigía a los que venían desde la otra dirección. Con su otro brazo hacía un arco indicándoles que siguieran adelante. ¡Y lo hacían!

Pensemos un poco en eso. Cientos de poderosos vehículos y un solitario hombre en medio del cruce. En sí no tenía poder para detener a los camiones y autos mucho más poderosos que él. Hubieran podido atropellarlo sin ningún problema, pero no lo hicieron. Se detenían, ¿por qué? Por una sola palabra: *¡Autoridad!* Ese agente de tráfico tenía toda la autoridad del gobierno de la ciudad y cuando indicaba *Siga*, la gente seguía adelante y cuando indicaba *¡Alto!*, se detenían.

¿De dónde recibimos autoridad cuando, como voceros de Dios, nos ponemos de pie en el cruce de la vida y ofrecemos el llamado de Cristo para que hombres y mujeres reciban el don gratuito de vida eterna? ¿Cuál es el origen de nuestra autoridad cuando de pie detrás del púlpito llamamos a nuestros oyentes para que acepten a Cristo como su Salvador personal? ¿Qué autoridad tenemos cuando le preguntamos a un amigo sentado al otro lado de la mesa en que compartimos la comida:

“¿Te gustaría recibir a Cristo como tu Salvador personal?”

Cuando cualquiera en cualquier parte llama a otro a confiar en Cristo, lo hace como el “agente” de Dios en un cruce de caminos, con toda la autoridad del cielo. Cuando lanzamos el llamado de Cristo, debemos asegurarnos de que sea profético. Con esto quiero decir con autoridad y basado en la Biblia.

Cuando Simón Pedro se dirigió a las multitudes el Día de Pentecostés, abrió el rollo en Joel 2:28-32 y estableció una base profética, bíblica para: (1) lo que estaba sucediendo y (2) lo que deseaba que sus oyentes hicieran como respuesta. Siguió incluyendo las Escrituras (Salmos 16, 110) a lo largo de su mensaje. Su llamado fue profético y bíblico avalado por la autoridad del cielo. Es alarmante y escandaloso ver hoy qué pocos predicadores parecen usar la Palabra de Dios. Extender un llamado para recibir a Cristo sin ser profético (bíblico) es como un cirujano que se dispone a operar sin un bisturí. La Palabra de Dios es lo que penetra al corazón, como comprobamos en la proclamación pentecostal de Pedro.

Los que gozan de las más grandes cosechas en sus llamados públicos y personales para seguir a Cristo tienen una característica en común. Son proféticos, en el sentido de que al hacerlo enfatizan con fuerza la Palabra de Dios. Esta es la clave básica del éxito de Billy Graham en su ministerio público. Docenas de veces en cualquier mensaje y llamado, su voz resuena con su proclamación que respalda con la frase: “Dice la Biblia...”

Ser proféticos en el llamado que extendemos es *provechoso*. El apóstol Pablo escribió a su alumno Timoteo recordándole que: “Toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil para la enseñanza, para la reprección, para la corrección, para la instrucción en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente capacitado para toda buena obra” (2 Tim. 3:16, 17). Un llamado eficaz es un llamado equilibrado. Es decir, es doctrinalmente correcto, reprende, corrige suavemente e instruye en justicia. Hay quienes ven pocos frutos porque sus llamados son desequilibrados y sólo enfatizan algún elemento en particular. Ciertos llamados están llenos de doctrina, pero excluyen la instrucción. Otros exageran la reprección y con ello ahuyentan a la gente. Y otros creen que cada llamado debe ser usado para corregir a todos los demás. Como la invitación pentecostal de Pedro (Hechos 2) y la de Pablo en Pisidia (Hechos 13), un llamado eficaz es equilibrado.

Desde Génesis hasta Apocalipsis vemos ejemplos de este llamado profético y autorizado (no autoritario). ¿Recuerda que en Génesis 3:9 Dios llamó a Adán a restaurar la comunión quebrantada? “¿Dónde estás (Adán)?”, preguntó. Esta es la pregunta que quiero que mis oyentes enfrenten. ¡Dios sabía dónde estaba, pero quería que el mismo Adán supiera dónde estaba Adán! Desde Josué en Canaán, sostenido por la autoridad del cielo, diciendo: “Escogeos hoy a quién sirváis... Pero yo y mi casa serviremos a Jehovah” (Jos. 24:15), hasta Elías en el monte Carmelo exclamando: “¿Hasta cuando vacilaréis entre dos opiniones? Si Jehovah es Dios, ¡seguidle! Y si Baal, ¡seguidle!” (1 Rey. 18:21) y siguiendo hasta la última página de la Biblia encontramos este llamado profético: “El Espíritu y la esposa dicen: ‘¡Ven!’ El que oye diga: ‘¡Ven!’ El que tiene sed, venga. El que quiere, tome del agua de vida gratuitamente” (Apoc. 22:17).

¡Invitación de tapa a tapa! Es nuestra fuente de autoridad profética, y cuando proclamamos la Palabra, lo hacemos sostenidos por la autoridad del cielo. Sea que lo hagamos pública o privadamente, el llamado debe ser basado en la Biblia y es indispensable... *¡que sea profético!*

2

Que sea claro

Al extender la invitación de Cristo, uno de los peores obstáculos es creer que nuestros oyentes entienden lo que estamos tratando de decirles y pidiéndoles que hagan. Muchas de las personas que reciben nuestro llamado han tenido poco o ningún contacto con una iglesia evangélica. A pesar de esto, con frecuencia nos dirigimos a ellas usando palabras y frases que creemos deben entender. Todas las semanas predico a gente que no ha ido a un templo desde su niñez. Para muchos otros es la primera vez que concurren a un culto evangélico.

Imagine a ese hombre o mujer en el templo por primera vez, y el pastor finaliza su sermón anunciando “Cantemos el himno 240. ¿No quiere usted venir?” Aunque los que siempre asisten saben lo que quiere decir, la persona que justamente está tratando de alcanzar se empieza a hacer varias preguntas: *¿Venir a quién? ¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Dónde?* Muchos arrojamos la red pero nunca la recogemos porque “creemos” que nuestros oyentes entienden lo que les estamos pidiendo que hagan. ¡Y por lo general no es así! Por eso debemos ser claros.

Muchas de las palabras que frecuentemente usamos en nuestro vocabulario “eclesiástico” son como otro idioma para los hombres y mujeres que estamos tratando de alcanzar para Cristo. Por ejemplo, considere que la generación de jóvenes adultos mayormente no ha tenido casi ningún contacto con la iglesia ni con la Biblia. No saben que Mateo, Marcos, Lucas y Juan son libros de la Biblia. Muchos se han criado en hogares donde nunca han escuchado una oración ni han visto abrirse

una Biblia. Esta es una generación entera que estamos tratando de impactar para Cristo. Nuestro problema es que muchas veces no sabemos pensar como ellos piensan porque sólo pensamos lo que hemos sido programados a pensar. Tenemos que ser lo más claros posible al tratar de alcanzar a una generación cuya pregunta principal acerca de nosotros y nuestra fe no es tanto: “¿Será verdad?”, sino: “¿Es pertinente?” Es decir: “¿Es apropiado para mí?” “¿Es lo que necesito?” “¿Cómo me afecta?” Estas son preguntas prácticas.

Al extender el llamado, sea claro. Cuando Pedro nos dio nuestro modelo en Pentecostés comenzó diciendo: “Sea conocido esto a vosotros, y prestad atención a mis palabras” (Hech. 2:14). Quería ser lo más claro posible. No quería que fuese difícil de entender. En suma, construyó un puente en lugar de levantar una barrera. ¿Y el resultado? Cuando recogió la red al concluir, 3.000 hombres y mujeres fueron recolectados en el llamado. ¿Por qué? Porque su llamado fue claro.

Con frecuencia procuro proyectarme mentalmente desde el púlpito al banco donde está la persona a la que estoy llamando. Quiero que ese oyente sepa exactamente lo que le estoy pidiendo que haga, que entienda por qué se lo estoy pidiendo, que comprenda cómo le estoy pidiendo que responda, y que sepa lo que puede esperar que suceda cuando lo haga. ¡Que no haya sorpresas!

Trato de lograr que el llamado sea lo más claro posible y no doy nada por sentado. Al final del sermón, cuando extiendo la invitación pública, la explico detalladamente. Me lleva unos cuatro o cinco minutos más, pero nadie se va preguntándose qué debía o podía haber hecho en razón de lo que oyó ese día. Les hago saber que en el momento designado, cuando la congregación está sentada orando, les pediré que dejen sus asientos, vayan al pasillo y caminen hacia el frente.

Doy bastante tiempo para diferenciar entre los tipos de decisiones que uno puede tomar. También explico que una vez que estemos juntos en el frente, de pie con nuestras cabezas inclinadas, dirigiré una oración. Les hago comprender que al venir estarán expresando: “Hoy tomo el camino de Cristo.” Les aseguro que no tienen que preocuparse sobre lo que tienen que decir cuando llegan al frente, que en la acción de venir están testificando: “Quiero hoy convertirme en un seguidor de Cristo.”

También les explico que después de mi oración les pediré

que vayan a su izquierda y sigan a uno de los obreros de la iglesia a nuestro “centro de bienvenida”. Allí, les sigo explicando, tenemos material de estudio bíblico para darles, y si vienen queriendo saber más, los guiaremos personalmente a confiar en Cristo. (Vea el Apéndice A.) Nuestro centro de bienvenida es esencialmente la “oficina de consejería” donde un consejero capacitado se reúne personalmente con cada individuo que responde al llamamiento público. Aquí el evangelio es compartido individualmente con todos los que respondieron al llamado.

Vuelvo a decirlo, las palabras son importantes. Nos cuidamos de no usar la palabra “consejería”. ¿Se imagina lo que piensa una persona bajo convicción, a punto de responder, cuando escucha una declaración así: “Luego un consejero lo llevará a una sala adjunta y hablará con usted.” Piensa: “Yo no necesito consejeros. No le voy a contar mis pensamientos más secretos a alguien que ni conozco.” El uso de palabras inadecuadas puede levantar una barrera en lugar de construir un puente, con el resultado de que el oyente se queda en su asiento.

Sea que el llamamiento para recibir el don de vida eterna se haga en público o en privado, explíquelo para construir puentes y no barreras. No dé lugar a que haya sorpresas. Y sobre todo... *¡que sea claro!*

3

Que sea positivo

Quienes han leído los libros de Zig Ziglar consideran que su nombre es sinónimo de *positivo*. Además de ser un gran autor y motivador, es un dedicado discípulo del Señor Jesucristo. Y, quisiera agregar, es uno de mis compañeros de golf.

En cierta ocasión cuando se encontraba en mi ciudad, jugamos un partido de golf con otras dos personas. Empezamos en el primer hoyo y cada jugador lanzó la pelota a unos 230 metros. Cuando le tocó el turno a Zig logró un buen tiro de unos 200 metros en el centro del campo. Se volvió a nosotros y comentó: “¡Seguro que no volveré a lograr un tiro tan bueno en el resto del día!”

En un momento a solas caminando por el campo, le dije:

—Zig, estos jugadores han leído tus libros, escuchado tus casetes y están batallando en sus lugares de trabajo. Se supone que eres el campeón de los positivos, pero apenas comenzamos el partido y ya saliste con una declaración negativa.

Zig sonrió. Estaba por enseñarme una lección y la vi venir.

—Esa no fue una declaración negativa. Tú has jugado antes conmigo y sabes que no le doy muy bien a la pelotita —respondió. Pasó a explicarme la diferencia entre el pensar positivo y el creer positivo—. El pensamiento positivo es sencillamente una actitud mental que desarrollamos dentro de nosotros mismos. El creer positivo se basa en la realidad — Zig continuó diciendo—. Sé cuales son los parámetros de mi juego de golf. Esa no fue una declaración negativa. Fue una declaración basada en la realidad. ¡Fue un creer positivo!

Cuando hablamos de hacer un llamamiento positivo no nos referimos a algo que generamos con entusiasmo dentro de nosotros mismos, una actitud mental vacía, sino un creer positivo que se basa en las promesas que encontramos en la Palabra de Dios. Allí descubrimos nuestra nota positiva para hacer el llamamiento.

Sea positivo en su llamado público o privado. Muchos nunca aceptan los llamamientos públicos porque carecen de optimismo y sentido de expectativa. En lugar de decir públicamente: "Si viene encontrará nueva vida" o, "¿Por qué no viene?", comience a extender la invitación más positivamente. Por lo general digo algo así: "Creo que muchos serán los que reciban el don de vida eterna y encuentren un nuevo amanecer, y usted estará entre ellos. Usted lo ha pensado, ha orado sobre su decisión y aun la ha planeado. Lo único que le falta es sencillamente ...¡hacerlo! Usted será el primero. No espere que otro lo haga. Es lo que debe hacer." Un sentido de expectativa y optimismo llena el ambiente y es contagioso.

Una razón por la cual vemos tan pocos frutos es que no esperamos que pase nada. A veces somos demasiado tímidos al momento de "recoger la red" porque tememos fracasar. Entonces, caemos en la manipulación, o sencillamente fustigamos a nuestros oyentes, les regañamos o procuramos forzarlos a tomar una decisión. Las invitaciones productivas son invitaciones positivas que brotan de una presencia optimista y expectante. Literalmente saturan todo el ambiente.

En suma, cuando presentamos el llamamiento de Cristo, sea públicamente desde un púlpito o privadamente en una sala, debemos extenderlo con confianza, expectación y optimismo. Debemos hacer... *¡que sea positivo!*

4

Que sea personal

Tomar la decisión consciente de convertirse en un seguidor del Señor Jesucristo es una de las decisiones más personales que podemos enfrentar en la vida. Quienes hacemos el llamado, sea público o privado, debemos ser sensibles a la necesidad de identificarnos en un nivel personal.

Los tipos de pronombres que usamos al hacer el llamado revelan mucho de lo que realmente pensamos acerca de nosotros mismos en relación con nuestros oyentes. Los pastores con un fuerte sentido de identidad y compasión con su congregación usan generalmente los términos “nosotros” y “nuestro”. Los que quieren mantener la distancia tienden a usar más los términos “ustedes” o “ellos”, y los que tienen una opinión demasiado alta de sí mismos emplean con frecuencia el “pronombre perpendicular” acompañado de “yo” y “mío”. Piense cómo usa usted los pronombres personales.

La predicación actual es mayormente en la primera o tercera persona del plural. Es decir, usamos muchos “nosotros” y “ellos” en nuestras proclamaciones públicas, pero este tipo de predicación rara vez produce convicción. La predicación usando la primera y tercera personas es buena, pero llega el momento cuando necesitamos hacer una aplicación y “recoger la red”. Este es el momento crítico cuando quien hace el llamado pasa de la primera y tercera personas a la segunda persona: ¡del “nosotros” y “ellos” al “usted” o “tú”! Y no a la segunda persona del plural, sino a la segunda persona del singular. “Usted” o “tú”: *singular*. Este es el momento de desafío, eje principal de todo el llamamiento del evangelio. Muchos se conforman con los llamamientos en primera y tercera persona

por temor a ofender a algunos diáconos o ancianos, a los que dan grandes ofrendas, a líderes cívicos, políticos u otros oyentes. Con razón tantas iglesias tienen hoy tan poco poder. Nuestro llamamiento necesita ser *personal*.

El análisis del primer llamado que tenemos de Simón Pedro (Hech. 2) y del primero del apóstol Pablo (Hech. 13) revela algo interesante. Llegado el momento de “recoger la red” pasaron de los pronombres en primera y tercera personas a los pronombres en segunda persona en el momento crítico del llamado. Considere a Simón Pedro de pie en el monte del templo en Jerusalén. Escuche su llamado: “A éste, que fue entregado por el predeterminado consejo y el previo conocimiento de Dios, *vosotros* matasteis clavándole en una cruz por manos de inicuos” (Hech. 2:23, itálicas por el autor). Oiga al gran apóstol Pablo hablando en la sinagoga de Antioquía: “Por lo tanto, hermanos, sea conocido de *vosotros* que por medio de él se os anuncia el perdón de pecados” (Hech. 13:38, itálicas del autor).

Nuestra proclamación de las buenas nuevas debe incluir un llamado personal. Como Pedro y Pablo, hemos de apuntar no sólo a la mente sino también al corazón. Este tipo de llamado convence a los corazones de los oyentes. Después que Pedro terminó su llamado, reporta la Biblia: “Entonces, cuando oyeron esto, se afligieron de corazón” (Hech. 2:37).

Cuando invitamos a las personas a convertirse en seguidoras de Cristo, les estamos pidiendo que tomen la decisión más personal que harán en su vida entera. Durante veinte años Lee Horne ha sido mi agente de seguros de vida. Cuando Lee viene a mi casa y me hace pensar en mí y en mis necesidades futuras no me habla en términos de lo que “ellos” deben hacer o lo que “nosotros” debemos hacer. Hace su presentación y luego va al grano:

“Ahora, esto es lo que *usted* necesita hacer para asegurar el futuro de su familia.”

Los buenos vendedores de cualquier tipo usan los pronombres en segunda persona. Y lo mismo debemos hacer nosotros que llamamos a otros a recibir el seguro que es el don de vida eterna. En todos los casos, ya sea que hagamos el llamamiento público o privadamente, debemos hacer... *¡que sea personal!*

5

Que sea penetrante

Como hemos dicho en los capítulos anteriores, el llamamiento de Pedro resultó en que los corazones de sus oyentes se “afligieron” (Hech. 2:37). La frase que sigue indica que preguntaron: “Hermanos, ¿qué haremos?” ¿Qué pasó cuando Pedro lanzó este llamado profético, claro, positivo y personal? Tuvo un efecto penetrante. Sus corazones se “afligieron”.

En nuestro vocabulario cristiano tenemos una palabra para expresarlo. Lo llamamos convicción. Muchos llamados modernos son superficiales o tienen el propósito de hacer que los oyentes se sientan bien. Algunas iglesias hasta se enorgullecen del hecho de que la gente puede asistir a sus cultos sin que nadie les haga sentirse culpables sea cual fuere su manera de vivir. El llamado de Simón Pedro no tuvo ese efecto, sino que afligió el corazón de sus oyentes. Quizá sea esa la razón por la cual 3.000 personas fueron salvas y bautizadas aquel día, pero también una de las razones por las cuales hay iglesias en la actualidad que no bautizan a un nuevo convertido en todo el año.

Hasta que la persona reconozca que no hay esperanza dentro de sí mismo para satisfacer las demandas de justicia de la ley de Dios, la cruz es para ellos sencillamente una farsa. Pero, cuando nuestros corazones se afligen, cuando la convicción de pecado se convierte en algo personal, comenzamos a percibir que nuestra única esperanza de vivir en armonía con Dios es por medio de la cruz de Cristo. Muchas personas en muchos cultos de la iglesia jamás han sentido esta convicción, ¿por qué? Porque en muchos casos nunca han escuchado llamados que son proféticos, claros, positivos y personales.

Personalmente, soy contemporáneo en mi método para

lograr el crecimiento de la iglesia. Sin embargo, quiero que mis oyentes comprendan lo mismo que los oyentes de Pedro. Esto es, que cada uno debe reconocer su responsabilidad personal por la muerte de Jesucristo. ¡Murió en nuestro lugar! Cuando los hombres y mujeres aquel día de Pentecostés comprendieron que ellos habían hecho su parte en la crucifixión del Señor, sus corazones fueron quebrantados (23-27). Al tratar de recoger la red en la actualidad, somos pocos los que tratamos de guiar a nuestros oyentes a hacerse personalmente responsables de sus pecados. Como consecuencia, muchos llamados no penetran y no producen convicción, resultando en pocas conversiones.

La convicción siempre precede a la conversión. Nos referimos a este proceso como nacimiento espiritual (vea Juan 3:1-10; Tito 3:5; 1 Ped. 1:23). Este es ilustrado propiamente por el nacimiento físico. Tiene que haber dolores de parto antes que el niño nazca y lo mismo sucede en el nacimiento espiritual. No podemos tener la experiencia del nuevo nacimiento sobrenatural sin pasar por una piadosa aflicción por el pecado así como no podemos tener la experiencia del nacimiento físico natural sin sentir dolores de parto. La convicción precede a la conversión. Muchas iglesias vacías tienen una larga lista de miembros inactivos que simplemente “tomaron una decisión” sin saber lo que es convicción.

Mi primer pastorado fue en una comunidad rural en una región donde se cultiva el trigo. Aprendí mucho de aquellos piadosos hombres de campo. Siendo un muchacho de la ciudad, me fascinaba la vida rural. Aprendí que son necesarios varios elementos para poder tener una cosecha abundante. Primero, tiene que romperse el suelo. Aquellos hombres subían a sus tractores y araban sus campos, rompiendo y desmenuzando la tierra. Luego plantaban la semilla. Después, cultivaban el trigo, regando y alimentándolo. Por último, a fines de la primavera recogían la cosecha.

Muchos de los que hacemos el llamamiento para aceptar a Cristo nos preguntamos por qué es tan escasa nuestra cosecha. ¿Puede ser que no hemos roto el suelo? La Palabra de Dios, como una espada de dos filos, es la única herramienta que puede penetrar hasta el corazón. Nuestros llamados necesitan penetrar, romper el suelo del corazón. No importa

cuánta semilla se siembre o cuánto tiempo se pase cultivando, si el suelo no ha sido roto, no habrá cosecha.

Cuando lanzamos el llamamiento de Cristo, pública y privadamente, una de las cosas más importante que debemos lograr es... *¡que sea penetrante!*

6

Que sea convincente

Al tratar de acercar el cielo al corazón humano hemos de ser lo más convincentes posible. Nuevamente tomemos el llamamiento de Pedro como un ejemplo clásico de convencer al oyente a seguir al Señor Jesús. Cuando la gente escuchó su llamamiento y se convencieron (sus corazones se “afligieron”) preguntaron: “¿Qué haremos?” (Hech. 2:37).

Los llamamientos ungidos por Dios, ya sean públicos o privados, son convincentes. Van derecho al corazón y hacen que la persona pregunte: “¿Qué debo hacer?” Esta es una pregunta vital para cualquiera que esté considerando el llamado de Cristo. Cuando uno se convence de pecado no sabe qué hacer. La respuesta no está dentro del corazón del hombre natural (vea 1 Cor. 2:14). Debemos ser tan convincentes que nuestros oyentes empiecen a preguntar qué pueden hacer con la profunda necesidad que están sintiendo.

Muchos llamamientos caen hoy en oídos sordos, y esto no es siempre por culpa del oyente. Muchos llamamientos no son convincentes porque en lugar de ser claros son complicados. En lugar de ser positivos son negativos. En lugar de ser personales son corteses en el sentido de no querer ofender y, en lugar de ser penetrantes, son superficiales. No nos extraña, pues, que los llamamientos modernos no estén resultando en que más hombres y mujeres pregunten: “¿Qué haremos?”

Lo que puede persuadir a algunos a seguir a Cristo no necesariamente persuade a otros. Observemos, por ejemplo, a los primeros cinco seguidores de nuestro Señor. Al igual que nosotros, eran diferentes en muchos aspectos y lo que apelaba a algunos no apelaba a otros. Juan, por ejemplo, era devoto y

afectuoso, aquel a quien “Jesús amaba”. Fue el único apóstol al pie de la cruz. Andrés era humilde y práctico. Al encontrar al Señor su primera reacción fue contarle a su hermano. Pedro, por otro lado, era impulsivo. Felipe era escéptico y algo materialista. A veces parecía tener una calculadora en su mente. Al ver a las multitudes que necesitaban comida en el monte galileo, Felipe hizo ver cuánto costaría alimentarlas. Y Natanael era más meditativo. Era un hombre sin malicia (vea Juan 1:47) y no le importaba ocupar un lugar secundario. Juan y Andrés fueron persuadidos a seguir a Cristo por medio de la *proclamación desde el púlpito*. Integraban la congregación de Juan el Bautista sumándose a las multitudes que llegaban al valle del Jordán para escuchar su predicación.

El llamamiento de Juan el Bautista no era únicamente de justicia social, de causas liberales o conservadoras o de filosofías universales. Su llamado conducía a sus oyentes a Jesucristo. Buscaba persuadir a sus oyentes a “¡[Mirad], el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!” (Juan 1:29). Y, al oír la proclamación pública Juan y Andrés “siguieron a Jesús” (Juan 1:37). Hoy también el púlpito puede ser poderoso. Es todavía la manera de convencer a muchos a seguir a Cristo.

Simón Pedro y Natanael, por otro lado, fueron persuadidos a seguir al Señor por medio de una *confrontación personal*, Pedro por intermedio de un familiar y Natanael por intermedio de su amigo. Habiendo encontrado a Cristo por medio de una proclamación desde el púlpito, el primer impulso de Andrés fue hacer un llamado a su propio hermano, Pedro, por medio de una confrontación personal. Lo buscó. Le enseñó. Fue convincente. Por último, lo llevó a Jesús (Juan 1:41, 42). Felipe hizo lo mismo. Sin embargo, su llamado fue dirigido a un amigo en lugar de a un familiar. Fue a Natanael y le contó que había encontrado al Mesías y, luego, sencilla y convincentemente le desafió: “Ven y ve” (Juan 1:45-50).

Nunca recogeremos la red ni ganaremos al mundo para Cristo por medio de la proclamación desde el púlpito únicamente. La iglesia necesita un ejército de hombres y mujeres que persuasivamente llamen a otros a un encuentro personal. Andrés encontró a Pedro. Jesús encontró a Felipe. Felipe encontró a Natanael.

Hace poco, Raúl encontró a Rafael, Laura a Sandra. De este modo, la iglesia ha seguido creciendo a través de los siglos

al llamar a las personas por medio de una confrontación personal con el evangelio. Los resultados de mayor significación fueron obtenidos en aquella primera generación sin el uso de televisión, radio, casetes, materiales impresos, teléfonos, máquinas de fax, computadoras, viajes por avión o cruzadas en grandes estadios. Las buenas nuevas se extendieron de boca en boca hasta llegar a la misma Roma. En menos de cien años esta confrontación de uno a uno, convincente y personal sacudió al paganismo hasta sus raíces. Todo había empezado cuando “[Andrés] encontró primero a su hermano Simón y... lo llevó a Jesús” (Juan 1:41, 42).

Aunque estos primeros cinco seguidores de Cristo fueron persuadidos de distintas maneras, todos llegaron a esencialmente la misma pregunta: “¿Qué haremos?” La proclamación del púlpito de Juan el Bautista persuadió a Juan y Andrés, pero Pedro y Natanael fueron persuadidos por la confrontación personal de Andrés y Felipe. Sea que estemos presentando el llamado de Cristo públicamente desde el púlpito o personalmente en privado, debemos ser convincentes.

Es maravilloso lo que la confrontación personal con el evangelio de lunes a sábado puede hacer por la proclamación pública del evangelio el domingo. Una de las razones por las cuales la proclamación pública en tantos lugares carece de expectativa es porque le falta la convicción que resulta de la confrontación personal con las buenas nuevas.

¿Qué haremos? Qué buena pregunta para la iglesia al llegar a un nuevo siglo. Si fuéramos tan convincentes como aquellos el día de Pentecostés, nuestro pueblo, como el de ellos, se estaría preguntando: “¿Qué quiere decir esto?” (Hech. 2:12). Luego se preguntaría: “¿Qué haremos?” (Hech. 2:37). Cuando lanzamos nuestro llamamiento a otros a seguir al Señor Jesús... ¡que sea convincente!

7

Que sea directo

Al extender la invitación, es imperativo que seamos directos al explicar a nuestros oyentes lo que les estamos instando a hacer. Muchos ven pocos frutos duraderos porque su invitación no es directa al llamar al individuo a seguir a Cristo según el modelo del Nuevo Testamento. Cuando los oyentes de Pedro el día de Pentecostés preguntaron: “¿Qué haremos?”, su respuesta comenzó con una palabra muy directa: “Arrepentíos” (Hech. 2:38). No fue ambiguo. No les dio distintas opciones. Los llamados productivos son directos.

Arrepentimiento es una palabra bastante olvidada en nuestro vocabulario cristiano actual, principalmente porque muchos no entendemos lo que realmente significa y cómo lograrlo. A veces confundimos el arrepentimiento en nuestra invitación con *remordimiento*, pero sentir sólo remordimiento por nuestro pecado no es arrepentimiento. El joven rico se fue “triste” (Mat. 19:22) pero no aceptó el llamado de Cristo. También confundimos arrepentimiento con pesar, en el sentido de que nos pesa haber pecado, pero simplemente desear que cierta cosa no hubiera sucedido no es arrepentimiento. Pilato se lavó las manos pesándole lo que estaba por hacer, pero rechazó a Jesucristo. Aun otros confunden el arrepentimiento con *resolución*. Meramente decidir adoptar un nuevo código moral y “comenzar de nuevo” no es arrepentimiento.

¿Qué es arrepentimiento? Hasta que esta pregunta no se enfrenta de la manera debida, la invitación que hacemos no será debidamente directa. Arrepentimiento viene de una palabra griega (*metanoeo*) que significa “cambio de actitud”. Cuando uno se arrepiente básicamente cambia su actitud sobre cuatro cosas.

Primera, el arrepentimiento es un cambio de actitud hacia el yo. Cuando auténticamente nos arrepentimos comienza una nueva actitud hacia nuestra propia importancia. El arrepentimiento también es un cambio de actitud hacia el *pecado*. Ya no vemos nuestro pecado como una fallita para ignorar, excusar o minimizar. Percibimos que nuestro pecado es tan serio que crucificó a nuestro Señor en la cruz. Arrepentimiento también es un cambio de actitud hacia nuestro *Salvador*. Ya no lo consideramos como sólo un gran maestro o líder sino como el Mesías prometido, Dios mismo que vino para salvarnos. Por último, el arrepentimiento nos lleva a un cambio de actitud hacia la *salvación*. Ya no la vemos como un premio que nos tenemos que ganar o que merecemos, sino como el don gratuito de Dios a todos los que lo reciben.

Mi propio testimonio personal es que acepté al Señor como mi Salvador personal a los diecisiete años. Sin embargo, había estado siguiendo a Cristo y creciendo explosivamente en él seis meses antes de escuchar la palabra *arrepentimiento*. Pero sé que me había arrepentido. ¿Cómo? Comencé a amar lo que antes odiaba y a odiar lo que antes amaba. Si he de ser sincero, debo decir que cuando extiende una invitación personal rara vez uso la palabra *arrepentimiento*, pero me aseguro de ser directo en comunicar a mis oyentes que seguir a Cristo requiere cambiar de actitud sobre nosotros mismos, nuestro pecado, el Salvador y la salvación. También hemos de llamar a la gente al arrepentimiento en una forma positiva. No debemos enfatizar “cambia o al infierno para siempre”. Personalmente me gusta el método directo que Pablo usó en Romanos cuando escribió que es “la bondad de Dios [la que] te guía al arrepentimiento” (2:4). El cuadro que nos viene a la mente es la de un padre bondadoso que toma a su hijo de la mano y lo guía.

Todos los predicadores del Nuevo Testamento usaban este método directo al extender la invitación. Consideremos a Juan el Bautista. Apeló a sus oyentes: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mat. 3:2). Habló sin temor, sin buscar congraciarse. Miles iban a escucharle. El mismo método era también característico del propio Señor Jesús. Comenzó su ministerio con un llamado al arrepentimiento. La Biblia dice: “Desde entonces Jesús comenzó a predicar y a decir: ‘¡Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado!’” (4:17). Siguió su ministerio con el mismo llamado directo. Dijo:

“Más bien, si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Luc. 13:3). Jesús no sólo comenzó sino que continuó su ministerio de predicación con el mensaje del arrepentimiento y lo concluyó de la misma manera. En el momento antes de su ascensión nos recordó a todos que “en su nombre se predicase el arrepentimiento y la remisión de pecados en todas las naciones” (Luc. 24:47). Este llamamiento directo siguió siendo el mensaje de todos los apóstoles: “Ellos salieron y predicaron que la gente se arrepintiese” (Mar. 6:12). Fue el mensaje de Pedro. Fue el mensaje de Pablo. ¡Y debe ser el mensaje de todos los que en todas partes invitan a otros a ser seguidores del Señor Jesús!

Los llamamientos que generalizan, no apuntan a una acción decisiva. Muchos, especialmente después de llamamientos públicos, no tienen la menor idea de lo que el orador les desafiaba a hacer. Cuando presentamos el evangelio a hombres y mujeres, pública o privadamente, les estamos confrontando con una decisión, con una elección. Les estamos llamando a cambiar su actitud y recibir de Dios la salvación como un don de su gracia. Esto requiere una presentación directa. Deseamos que nuestros oyentes acepten el evangelio. Es aquí que debemos hacernos otra pregunta: *¿Qué es el evangelio?* En estos tiempos de confusión sobre las premisas básicas de nuestra fe es aquí donde debemos ser directos y claros.

Me gradué del seminario y comencé a pastorear en la década de los 70. Si me hubieran dicho que durante mi vida vería cómo pastores eruditos y educados discutirían sobre la realidad de una salvación que no requiere arrepentimiento ni discipulado, y menos aun pasar de “muerte a vida”, no lo hubiera creído, pero ésta parece ser la postura de ciertos predicadores de la actualidad.

Hace más de un siglo Carlos Spurgeon de Inglaterra escribió: “No concibo que sea posible que alguien realmente reciba a Cristo como Salvador y no lo reciba como Señor. El hombre que es realmente salvo por fe no necesita que le digan que tiene la solemne obligación de servir a Cristo. La vida nueva dentro de él se lo dice.” Esta es la buena nueva. La pregunta más directa en toda la Biblia es la que hizo el carcelero de Filipos. Habiendo sido convencido por el Espíritu Santo, preguntó a Pablo y Silas: “Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?” ¿Y la respuesta directa? “Cree en el Señor Jesús y serás salvo, tú y tu casa” (Hech. 16:30, 31).

Con frecuencia escuchamos que alguien declara que debemos “hacer” que Jesús sea Señor. Tonterías. Jesús es Señor y todo el que viene a él lo acepta como tal en un acto de verdadero arrepentimiento y fe. Arrepentimiento y fe son dos lados de una misma moneda, y ambos son regalos de la gracia de Dios y “no por obras”. La Biblia declara que Dios nos da “arrepentimiento y fe”. Este debe ser nuestro llamamiento directo. Somos socios de Dios en llamar a otros a recibir el maravilloso regalo de Dios, pero debemos recordar siempre que es únicamente Dios quien convence de pecado, atrae al pecador a sí y otorga el regalo de arrepentimiento y fe. Nuestra responsabilidad es expresarlo con claridad para nuestros oyentes: están viniendo a Cristo y no “al frente de la iglesia”.

Una de las razones por las cuales hay tan poca respuesta es que la invitación es tan general que no pide un cambio de actitud que resulta en un cambio de vida. Algunos invitan a hombres y mujeres a que cambien de actitud, no necesariamente sus vidas, en el sentido de que la vida cristiana no es una vida cambiada; es decir, no es meramente decidir dentro de nosotros mismos adoptar un nuevo paquete de normas morales. Es cambiar una vida por otra. En el momento de la salvación entregamos a Dios nuestra vieja vida y él la guarda, dándonos una que es totalmente nueva para que podamos andar en “novedad de vida” (Rom. 6:4). Un auténtico cambio de actitud resultará en un cambio en nuestra manera de vivir. La presentación del evangelio llevará a la gente por la misma senda que la llevó en Pentecostés. Les hará preguntarse en sus corazones: *¿Qué haremos?* Por esto, al extender el llamamiento de Cristo a otros, ya sea pública o privadamente, es imperativo... *¡que sea directo!*

8

Que sea piadoso

Extender la invitación de Cristo requiere que actuemos con cautela recordando que la salvación es la obra de Dios desde el principio hasta el final. “¡La salvación pertenece a Jehovah!” (Jon. 2:9). Sólo el Espíritu Santo puede convencer-nos de nuestra profunda necesidad de “cambiar de actitud” y de recibir a Cristo. El Espíritu Santo puede ser entristecido y apagado por quienes fustigan, manipulan, regañan y presionan a la gente a tomar una “decisión”. Cuando escribimos de hacer que el llamamiento sea piadoso nos referimos a “piedad” con una connotación moderna. Queremos decir piadoso en el sentido de que “tememos” al Señor (vivimos teniéndole un temor reverente), reconocemos su soberanía y dependemos totalmente de él para que haga su obra de convencer y convertir. El es quien “agrega a la iglesia”. No nos ha llamado a ser responsables de los resultados sino consecuentes y fieles en el testimonio de nuestra vida y nuestras palabras.

Dos son los llamados al corazón humano. Uno es un llamado exterior y otro un llamado interior. Simón Pedro en Pentecostés percibía muy bien esto. Presentó un llamado externo pero, aunque sus oyentes escucharon su llamado exterior, no todos fueron salvos en esa oportunidad. Tanto así que algunos se “burlaban” de él. Los tres mil que se convirtieron a Cristo fueron los que oyeron no sólo el llamado exterior sino el llamado interior. Los que auténticamente se salvaron aquel día, como en nuestros días, fueron los que “el Señor nuestro Dios” llamó (Hech. 2:39). Es aquí donde la piedad es imperativa en la invitación. Donde quiera que estemos, es nuestra misión extender el llamado exterior y confiar en que el Espíritu Santo hará el llamado interior.

¿Cómo pueden dos personas estar sentadas en el mismo banco en el mismo culto de adoración, cantar los mismos cantos, escuchar el mismo sermón, en el mismo ungimiento y sus respuestas ser tan diametralmente opuestas? Una de estas personas se retira del culto sin ninguna predisposición de responder y no ve en absoluto la necesidad de aceptar a Cristo. En cambio la otra, sentada en el mismo banco, cae bajo la convicción de su pecado y públicamente, muchas veces con lágrimas en los ojos, responde a la invitación del evangelio. ¿Cómo puede ser? Ambas escucharon el llamado exterior, pero sólo una percibió el llamado interior. Sobre este punto, al extender Pablo la invitación junto al río en Filipos, dice la Biblia: “Entonces escuchaba cierta mujer llamada Lidia, *cuyo corazón abrió el Señor* para que estuviese atenta a lo que Pablo decía. Era vendedora de púrpura de la ciudad de Tiatira, y temerosa de Dios” (Hech. 16:14, itálicas del autor). Pablo hizo el llamado exterior, y el Señor habló al corazón de Lidia, haciéndole el llamado interior.

Existen algunos extremistas que han llevado la cuestión del llamado interior al punto de pervertir las Escrituras negando la necesidad de exteriorizar el ofrecimiento gratuito de la buenas nuevas. El hecho de que hemos de ser piadosos en nuestro enfoque, reconociendo que la salvación es la obra de Dios, no debe disminuir nuestra intensidad al extender el llamamiento y al compartir el glorioso evangelio con cada persona hasta lo último de la tierra. El hecho es que la percepción de que estamos participando con el mismo Padre en esta milagrosa obra de salvación debe darnos más sentido de confianza y nueva audacia.

Es nuestro propósito extender el llamado exterior y confiar en que él hará la obra de hacer el llamado interior abriendo los corazones de los oyentes. Qué privilegio el nuestro de ser la mano extendida de Cristo, ya sea que estemos de pie detrás del púlpito, o sentados en un banco en la escuela, o tomando un café con un amigo o sentados al lado de alguien en el transporte público. Jesús dijo: “Como me ha enviado el Padre, así también yo os envío a vosotros” (Juan 20:21). Y no olvidemos por qué el Padre “mandó” al Señor Jesús a este mundo. “Porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Luc. 19:10). No podemos salvar a hombres y mujeres, pero podemos buscarlos. Podemos exten-

der el llamado exterior y dejar los resultados al Señor, pues sólo el Espíritu Santo puede hacer el llamado interior.

Seamos sensibles al extender la invitación. Somos socios de Dios. No tratemos de hacer la obra del Espíritu Santo. Podemos confiar en él. Muchas veces lo entristecemos y apagamos con nuestra manipulación y métodos meramente humanos. La última invitación de la Biblia llama: “El Espíritu y la esposa dicen: ‘¡Ven!’ ...El que tiene sed, venga. El que quiere, tome del agua de vida gratuitamente” (Apoc. 22:17).

¡Allí lo vemos claramente, asentado para toda la posteridad en la última página de la Biblia! La esposa (la iglesia del Señor Jesucristo) llama: “¡Venid!” Este es el llamado exterior. Pero no es todo. El Espíritu invita: “¡Venid!” Este es el llamado interior. Los dos son indispensables y vitales al “recoger la red” y alcanzar al mundo para Cristo. La próxima vez que usted extienda el llamado de Cristo pública o privadamente...
¡que sea piadoso!

9

Que sea apremiante

Si en verdad el privilegio de recoger la red es la obra más valiosa de este mundo, ha de llevarse a cabo con persistencia y con un sentido de urgencia. Debe ser apremiante.

Después de terminar con el mensaje de Pedro en Pentecostés, la Biblia dice que “con otras muchas palabras ..les exhortaba” (Hech. 2:40). Siguió apremiando a sus escuchas para que tomaran una decisión. La palabra que traducimos aquí como *exhortaba* se deriva de un verbo griego que significa “rogar con mucha fuerza” o “compeler”. Es un llamamiento a ponerse del lado de uno.

La palabra describe lo que sucedió antes de una batalla importante de la historia moderna. El ejército estaba a punto de ser atacado cuando su comandante reunió a sus hombres y, con su espada, trazó una línea en la arena y desafió a que cruzaran esa línea los que se quedarían con él a luchar por la causa. Los llamaba a su lado. Lo mismo vemos en el llamado modelo de Pedro quien urgente y persistentemente exhortaba a sus oyentes, con gran fuerza, a que se pusieran del lado de Cristo.

En su llamamiento de Pentecostés Pedro no hizo meramente el llamado, sentándose luego con aire humilde. Ni terminó el sermón diciendo: “Ahora cantemos un himno. Si alguien aquí quiere decidirse por Cristo puede hacerlo en este momento. Pero por favor no piense que tiene la obligación de hacerlo.” Tampoco invitó: “Ahora, si quiere tomar una decisión, puede reunirse con los ancianos de la iglesia”; ni: “puede usted reunirse con nuestra comisión de miembros el mes entrante”. ¡No! Pedro no se disculpó. Al finalizar su ser-

món exhortó a las almas e insistió en que tomaran decisiones en el poder del Espíritu Santo de Dios. Seguramente habría emoción en su voz y sentido de urgencia en la expresión de su rostro.

Los que extendían la invitación en la Biblia lo hacían con apremio. Pablo insistió en los reclamos de Cristo al corazón del rey Agripa, y la Biblia registra que casi lo persuade (Hech. 26:28). Una de nuestras más profundas necesidades, al recoger la red, es volver a captar el espíritu de urgencia y, con apremio, buscar decisiones en el poder del Espíritu de Dios.

Quizá debiéramos decirlo de una manera más moderna y secular. Es “cerrar la venta”. Es sorprendente cuan pocos son los que realmente “cruzan esta línea” en la presentación y el llamamiento del evangelio. Muchos llegan al punto de hacerlo pero pocos de veras la cruzan preguntando a la persona: “¿Quisiera en este mismo instante recibir a Jesucristo como su Salvador?”

¿Puede imaginarse a un abogado que no pida al jurado en su argumento final que se decida a favor de su cliente? Véalo. Ha dedicado semanas y quizá meses a la preparación de su caso. Ha presentado su caso al jurado en sus primeras argumentaciones; ha usado a testigos como prueba de que su cliente tiene razón; ha respondido a las objeciones hechas; ha presentado evidencia y datos indisputables y ha dado un argumento final convincente. Pero, súbitamente, cierra su portafolio y se retira del tribunal antes de concluir el juicio, sin terminar su argumento final con un llamado al jurado a “cruzar la línea” y decidir el caso a favor de su cliente. ¡Esto sería ridículo! Sin embargo, sucede a menudo con nosotros que abogamos por el evangelio de Jesucristo. Presentamos nuestro caso, aun llamamos a nuestros testigos y luego cerramos nuestro portafolio (Biblia) y nos retiramos al llegar el momento de apremiar a nuestros oyentes a tomar una decisión.

En mi adolescencia conseguí un trabajo en una zapatería después de la escuela y los sábados. Mi patrón, Richard Rice, me enseñó mucho de la venta de zapatos en aquellos años formativos, que ha influido en otros aspectos de mi vida. Entre las muchas lecciones, me enseñó una ética de trabajo y cómo ser simpático y persuasivo con los clientes. Sobre todo, me enseñó cómo “cerrar la venta”.

Me aseguró que teníamos un producto bueno y de calidad que resultaría en un cliente satisfecho, recordándome que el

cliente quería nuestro producto o no hubiera entrado en la zapatería. Ya traía la necesidad y el deseo. Mi tarea era satisfacer esa necesidad con los zapatos correctos y en el tamaño correcto y luego, en esa expresión que tanto repetía el señor Rice: *¡A cerrar la venta!*

Después que el cliente había dado unos pasos y se había visto con admiración en el espejo en el suelo, muchas veces le preguntaba: “¿Los quiere llevar puestos o quiere que se los ponga en la caja?” El señor Rice me enseñó a cerrar la venta y con frecuencia me he acordado de él a lo largo de los años cuando he guiado a alguien a depositar su fe en Cristo después de preguntarle: “¿Aceptaré el don gratuito de vida eterna ahora mismo?” Me enseñó un principio estratégico: *¡Cerrar la venta!*

Quienes hemos sentido el gozo de conocer a Jesucristo personalmente y disfrutamos de la seguridad de tener vida eterna también tenemos la responsabilidad de compartirlo con otros. Nosotros que hemos recibido su poder hemos de ser sus testigos a un mundo en oscuridad espiritual. Francamente no basta con ser claro y personal, positivo y persuasivo, y ni siquiera directo y piadoso. Tenemos que “cerrar la venta”. Sea que haya sido llamado usted para ofrecer la invitación de Cristo públicamente en el púlpito o sentado junto a una sola persona, perciba la urgencia del momento. Cruce la línea. Cierre la venta. En suma... *¡que sea apremiante!*

10

Que sea apasionado

En el capítulo anterior enfatizamos la necesidad de hacer que el llamado sea apremiante. Ahora enfocaremos el valor de que brote de un corazón apasionado.

Si insistimos en usar métodos y motivos carnales para lograr una decisión, a la larga resultará sólo en “bronce que resuena o un címbalo que retiñe”. En cambio, cuando la insistencia del llamado brota de la pasión de un corazón que arde para Dios, producirá resultados duraderos. A veces temo que tratamos de ser demasiado “profesionales” al encarar la invitación. El ministerio de nuestra generación tiene la bendición de toda la tecnología moderna de computación al alcance de nuestras manos, librerías evangélicas en muchas comunidades, cintas audio y vídeo que ayudan, cientos de seminarios y conferencias y el evangelio predicado constantemente por radio y televisión. El peligro hoy es tener la tendencia a sustituir estos medios por la pasión que brota sólo del estar a solas con Dios y su Palabra y compartir personalmente nuestra fe con otros.

¿Dónde conseguimos la pasión que necesitamos en nuestras invitaciones públicas? Alguien que tenga discernimiento puede escuchar a otros hacer un llamamiento público y distinguir en un instante si esa persona es ganadora de almas. Por lo general se muestra en la pasión de su voz y la expresión de su rostro. Si el predicador no está haciendo el llamado personalmente cada día, es difícil que haga el llamado productivamente desde el púlpito.

Lo que dice suena a falso, le falta fervor. Es pura hipocresía extender una invitación pública cuando uno rara vez, o

nunca, invita privadamente a hombres y mujeres a recibir a Cristo en el curso normal de su diario vivir. Nuestra más grande necesidad es que todos los seguidores de Cristo sean activos en compartir personalmente su fe, especialmente nosotros que hemos sido llamados vocacionalmente al ministerio del evangelio. Existen iglesias cuyos pastores no pueden conseguir ni siquiera una decisión en los cincuenta y dos domingos del año, y menos aún capacitar a sus miembros para que lo consigan. ¿Por qué? Porque con frecuencia hay poca pasión en el púlpito. La pasión real brota de una vida que comparte a Cristo personalmente con otros e insiste en una decisión en el poder del Espíritu Santo, con un corazón ardiente que se desborda sobre los que le rodean. La pasión en la proclamación pública surge de la pasión en la proclamación personal y privada en el hogar, la oficina, viajando o en el medio social.

Mi mentor en el ministerio fue W. Fred Swank, durante cuarenta y tres años pastor de una iglesia bautista en Fort Worth, Texas. Su predicación y llamamiento apasionado me guiaron a Cristo. El me bautizó y fue de gran influencia en mi "llamado a predicar", ofició en mi ordenación al ministerio y fue un padre para mí en muchos sentidos. Me enseñó mucho acerca de la presentación del llamado público, no tanto examinándolo detrás del púlpito, sino observando su vida diaria. Nunca se puso de pie el domingo a la mañana para hacer una invitación pública sin haberse asegurado de haber extendido invitaciones personales y privadas durante la semana. Decía el doctor Swank: "Te puedo decir si un hombre está personal y privadamente compartiendo su fe, por la pasión que exterioriza cuando lo hace públicamente los domingos desde el púlpito."

El sábado era un día de trabajo para el doctor Swank, quien visitaba tres o cuatro hogares para testificar de Cristo. Con razón era eficaz en sus invitaciones los domingos. Estas eran el desbordamiento natural del corazón de un ganador de almas. Muchos de los hombres y las mujeres que formaban el liderazgo de la iglesia habían sido ganados personalmente por él en sus hogares; con razón su iglesia era evangelística y durante cuatro décadas bautizó a cientos de convertidos anualmente; con razón también más de cien jóvenes sintieron el llamado al ministerio en esa iglesia y predicán hoy el evangelio por todo el mundo. Nos contagiamos de la pasión de un

predicador que no sólo extendía la invitación donde todos podían verle, sino también en los hogares de la ciudad, en la sola presencia de sus oyentes y su Señor.

El nuestro es el llamado más alto de la vida. Tenemos el privilegio de llamar a hombres y mujeres para que vengan al Señor Jesucristo. Al pastor que no es consecuente en ofrecer la invitación privadamente le será muy difícil hacerlo públicamente de manera que produzca resultados duraderos. Es pura hipocresía ofrecer una invitación pública cuando casi nunca, o nunca, invitamos a otros en privado a aceptar al Señor Jesús. Ya sea que extendamos el llamado de Cristo pública o privadamente... *¡que sea apasionado!*

11

Que sea afable

Si hay algo que necesitamos realizar con una sonrisa grata y un modo afable, es la invitación para que la gente confíe en Jesucristo. Con frecuencia hacemos que el evangelio parezca ofensivo por la forma como lo presentamos. Fustigar y forzar a otros a tomar una “decisión” no lleva al éxito espiritual. Tampoco intimidar o avergonzar a otros produce decisiones permanentes. Usar demasiada presión no es tan recomendable como ser afable en nuestra manera de encarar el tema.

La Biblia cuenta que los primeros creyentes que más éxito tenían en el evangelismo personal (uno por uno), contaban con “el favor de todo el pueblo” (Hech. 2:47). Eran afables en su proclamación y simpáticos en su testimonio, y muchos miles respondían a sus invitaciones públicas y privadas en los primeros meses de haber nacido la iglesia en Jerusalén.

Demasiado escasos son los seguidores de Cristo, en la actualidad, que acostumbran a trabar amistad con gente inconversa. En nuestro anhelo por obedecer el mandato “salid de en medio de ellos y apartaos” (2 Cor. 6:17) hemos interpretado mal lo que significa aislarnos del mundo. Encontramos una postdata reveladora en Lucas al final del conmovedor capítulo sobre la natividad. “Y Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia para con Dios y los hombres” (Luc. 2:52). Jesús vivía una vida equilibrada. Crecía intelectual, física, espiritual y socialmente. Crecía en “gracia para con... los hombres”. Era gentil y amistoso al acercarse a otros.

Tanto es así que más tarde se le acusaría de ser “amigo de pecadores”. A dondequiera que iba con su invitación establecía relaciones afectuosas, hombres y mujeres se sentían atraídos

por la calidez de su personalidad. Estableció relaciones junto a un pozo un día y al siguiente día en el mercado. Nunca intimidaba ni avergonzaba a otros con el fin de que se convirtieran en sus seguidores. La necesidad más urgente en la actualidad es que los miembros de la iglesia se lancen fuera de las cuatro paredes del templo y toquen las vidas de quienes necesitan a Cristo, y que lo hagan de una manera agradable. Nuestras invitaciones públicas los domingos cobrarían un nuevo espíritu de optimismo si nuestras invitaciones durante la semana fueran continuas y afables.

Repito nuevamente nuestro modelo que encontramos en Hechos 2:47: que los primeros creyentes tenían “el favor de todo el pueblo”. El sistema religioso de aquel día los rechazaba. Representaban una amenaza a la religión tradicional que se había convertido en algo seco e institucionalizado. El gobierno romano los oprimía porque se negaban a hincarse frente al César como “Señor”. Pero el pueblo en las calles y el mercado, en ciudades y pueblos los abrazaban. Sí, gozaban del “favor” del pueblo. Eran eficaces en su testimonio y en su adoración y miles respondían favorablemente a sus invitaciones de aceptar a Cristo.

Muchos cristianos tienen la idea equivocada de que compartir a Cristo con “uno de afuera” en el ir y venir diario es exponerse a una confrontación desagradable. Pero el cristianismo auténtico, presentado afablemente y con simpatía, es hermoso. El cristiano radiante y lleno del Espíritu tiene una cualidad que atrae a otros y hace que gocen “del favor de todo el pueblo”. ¡Las buenas nuevas no ofenden tanto como algunos que tratan de compartirlas! El evangelismo en la iglesia más que enseñarse se *contagiaba*, y así debe ser con nosotros si tenemos la intención de entrar al tercer milenio con las buenas nuevas transformadoras de nuestro Señor Jesucristo.

No sólo es importante que comprendamos que debemos gozar del favor del pueblo, notemos que es “favor de *todo* el pueblo” (itálicas del autor). Esto es lo que hacía que las invitaciones de Cristo y sus primeros seguidores fueran eficaces. No eran selectivos al presentar su llamado. Recordemos que eran pescadores que usaban redes, no anzuelos. Los pescadores que usan anzuelos buscan un solo tipo de pez. Muchas veces pongo una carnada plástica violeta porque quiero pescar únicamente un bagre negro de boca grande. No quiero que me molesten otros tipos de peces haciéndome perder el tiempo. Los

pescadores que pescan con redes no son selectivos, sino que pescan diferentes tipos de peces.

Anda circulando una nueva idea en los círculos de iglecrecimiento: que las iglesias deben “apuntar a” sólo cierto grupo de individuos en la sociedad. Aunque muchas de estas técnicas tienen por cierto mucho mérito y valor, cuando las seguimos hasta el extremo pueden resultar muy distintas al modelo del Nuevo Testamento. La iglesia de Jerusalén contaba con la presencia de un rico entre los ricos en José de Arimatea y del más pobre entre los pobres, representado en la viuda que dio todo lo que tenía. Ya que el cielo será también así, ¿por qué buscamos agruparnos aquí en la tierra según nuestra raza, nuestro nivel social o económico? Para ser bendecidos por Dios en nuestro testimonio debemos hacer nuestras invitaciones de una manera cordial a fin de lograr “favor [con] todo el pueblo”. Esto es lo bueno y aceptable a los ojos de Dios, nuestro Salvador.

Una simple sonrisa tiene un efecto increíblemente positivo. Una y otra vez he comprobado que una sonrisa se convierte en dinamita que hace estallar las paredes de la indecisión. Muchas veces he visto cómo una sonrisa se convierte en un puente sobre el cual nuestros oyentes pueden cruzar el abismo del descreimiento. Al extender usted la invitación pública, dé un paso hacia el costado del púlpito. No trate de buscar decisiones a latigazos o con fustigaciones. Al hacer el llamamiento personalmente en un hogar, y llegar al instante de la decisión, adelántese al borde de su silla. Con una sonrisa en su rostro haga la pregunta más importante de la vida: “¿Quiere recibir el don de vida eterna en este mismo instante?” Más y más personas responderán positivamente a nuestra invitación pública o privada si buscamos... *¡que sea afable!*

12

Que sea sin apuros

El llamamiento público que comúnmente llamamos “invitación”, es muchas veces la parte menos programada y sobre la que menos oramos en todo el servicio de adoración. Para muchas iglesias es una porción rutinaria del culto, parte de una tradición de muchos años y se extiende semanalmente sin sentido de expectación ni entusiasmo por parte de quienes ocupan el púlpito y quienes llenan los bancos.

Es sencillamente algo que “siempre hacemos” y que se agrega a la parte final del sermón, por lo general acompañada de una o dos estrofas de algún himno conocido. Esta actitud que reina en el ambiente es la razón por la cual tantas veces no da resultados visibles. Personalmente considero que el tiempo dedicado a la invitación es la culminación de la experiencia de adoración. Dado que presenta la oportunidad perfecta para que hombres y mujeres actúen en razón de lo que han escuchado y sentido en el culto, debe ser presentada sin apuros, dando tiempo al Espíritu Santo para que sacuda los corazones de los oyentes, trayéndolos a Cristo. Debe ser una parte del culto bien pensada, bien planeada y preparada en oración. El período que se aparte para ese fin debe ser protegido para que no sufra trastornos a causa de la presión por falta de tiempo al final del culto.

Los llamamientos presentados con apuro y sin haber sido preparados rara vez dan resultados positivos. El problema surge debido a que, por lo general, todo lo que se hace en el culto ha sido pensado y discutido de antemano, con *excepción* de la invitación. Quienes planifican el culto consideran qué himnos serían apropiados, el contenido de la oración pastoral, quién presentará y qué será la música especial, quién guiará

la oración antes de la ofrenda, quién hará los anuncios, de qué tema tratará el sermón y aun quién guiará la oración final.

En consecuencia, la invitación en muchos casos es algo a lo que no se le da prioridad y se la considera como un agregado obligado al sermón. Esta actitud que nace en el púlpito contagia a la congregación, y la invitación gradualmente se comprime en un par de minutos. Si vale la pena extender la invitación pública, hágase con calma y sin apuro.

Es responsabilidad del pastor dar importancia y prioridad a la invitación pública. Debe enseñar a la congregación la necesidad de permanecer en calma, en espíritu de oración y con una actitud positiva durante el llamamiento. Hace unos años visité una iglesia muy grande. El pastor predicó un mensaje magistral y extendió la invitación en el momento correspondiente al finalizar el culto. Por lo menos doscientas personas salieron por la puerta de atrás mientras el pastor invitaba a pasar adelante. No era de extrañar que hubiera tan poca respuesta pública. Tanta gente que se iba era una distracción tremenda mientras el pastor pedía decisiones.

Yo empiezo mi invitación pública diciendo: "Voy a pedir que ni una persona se retire de este lugar a menos que sea por una verdadera emergencia. Este es el momento cuando Dios invita." Francamente, prefiero que la gente se retire durante el sermón que durante la invitación pública.

Dedíquele tiempo a la invitación. Dele prioridad. Preséntela sin dejar que nada la perturbe, permitiendo que el Espíritu Santo haga su obra de convencer de pecado y de la justicia de Cristo. Razónela con anterioridad. Planifíquela. Ore por ella. Asegúrese de reservarle el tiempo necesario en el culto de adoración. Y sobre todo... *¡que sea sin apuros!*

13

Que sea público

En la actualidad hay mucha discusión sobre los méritos de la invitación pública. Aunque ha sido usada con eficacia desde la época del Nuevo Testamento, muchos creen sinceramente que ya no tiene cabida en la adoración congregacional. Pero Jesús dijo: “Por tanto, a todo el que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos” (Mat. 10:32). Es digno de notar al estudiar la vida de Cristo que Jesús nunca llamó a nadie a seguirle que no lo hiciera públicamente. Está Nicodemo quien una noche vino en secreto a Jesús, pero cuando Cristo era el que daba el primer paso en el encuentro, siempre lo hacía públicamente. Andando por la costa del mar de Galilea vio a un grupo de pescadores remendando sus redes. Clavó su mira en los rostros de Andrés y Pedro, Santiago y Juan, y dijo: “Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres” (Mat. 4:19). ¡Y ellos respondieron en la presencia de sus amigos y compañeros pescadores! Respondieron públicamente y siguieron a Jesús.

En Capernaúm se encontró con Mateo, el cobrador de impuestos, sentado en su mesa de trabajo, muy ocupado rodeado de varios clientes. Jesús dijo sencillamente: “Sígueme.” Y así lo hizo Mateo en presencia de toda aquella gente que tan bien lo conocía. Al pasar Jesús por Jericó las multitudes llenaban las calles. Habían salido para verlo pasar. Se detuvo bajo un árbol, miró hacia arriba, vio a Zaqueo escondido observándolo, y lo llamó para que bajara y caminara con él. ¡Y así lo hizo Zaqueo!, enfrente de todos. Sí, cada vez que Jesús llamó a hombres y mujeres a seguirle, lo hizo públicamente. ¿Por qué? Porque hay un elemento en la respuesta a

una invitación pública que ayuda a sellarla en nuestras vidas. Es sencillamente uno de esos actos “tangibles intangibles”.

No existe en la historia cristiana alguien más eficaz que Billy Graham en extender la invitación. En su defensa ha declarado: “Algunos de los que están en contra de las invitaciones evangelísticas públicas llegan hasta cualquier extremo para hacer la invitación en el evangelismo personal. Si está bien pedirle a un solo pecador que se arrepienta y reciba al Señor Jesucristo, ¿por qué no está bien pedir a todo un público que haga lo mismo?” Buena pregunta. La invitación pública va de la mano con la invitación personal. No tiene sentido que me pase yo treinta minutos explicando el evangelio, animando a otros a recibirlo, exhortándolos a que lo acepten como un don gratuito de la gracia de Dios, y luego despedir a la congregación sin darle la oportunidad de hacerlo. Si está bien extender la invitación personal y privadamente, lo es también ofrecerla públicamente.

Hace poco asistí a una ceremonia de graduación. Ni uno de los graduados tuvo vergüenza de caminar al frente del auditorio, dar la mano al director y recibir su diploma. Es más, muchos fueron objeto del aplauso de sus familiares y amigos. Cada vez que realizo una ceremonia nupcial recuerdo el mismo principio. La novia y el novio marchan por el pasillo central del templo sin vergüenza y sin disculparse, para dedicar sus vidas uno al otro abierta y públicamente. Existe un profundo sentir sobre ese acto público que produce tremendo gozo y aliento a la familia y los amigos, y, a la vez, ayuda a sellar el compromiso en la vida de la pareja. Si los compromisos públicos son buenos en casos de graduaciones y bodas, ¿por qué no han de serlo en los casos de quienes contraen el mayor compromiso de sus vidas con el Señor Jesucristo? Hay una virtud en el ponerse de pie públicamente para manifestar a Cristo que no sólo sella la decisión en el propio corazón, sino que produce gran gozo y aliento en familiares y amigos cristianos.

Cuando extendiendo la invitación doy a mis oyentes la oportunidad de hacer algo que les gusta hacer, esto es, identificarse con algo. O, en este caso, ¡con Alguien! ¿Ha notado usted cómo nos gusta identificarnos con personas o cosas? Usamos camisetas deportivas con emblemas que nos identifican con ciertas marcas, tenemos insignias en nuestro llavero que nos identifican con instituciones. Usamos botones en la solapa que

nos identifican con algo que amamos. Tenemos banderines que nos identifican con un equipo de fútbol, o un calendario cristiano que nos identifica con el Señor. La invitación pública da a la persona la oportunidad de hacer algo que le gusta hacer, identificarse abiertamente, sin vergüenza y públicamente con el Señor Jesucristo.

La invitación pública ha ocupado un lugar significativo en el compromiso cristiano desde que el Señor la usara hace casi dos mil años. No necesitamos dar razones ni disculparnos por usarla en nuestros días. El hecho es que no podemos pretender que las personas den testimonio de su fe en su diario andar fuera de las cuatro paredes del templo, donde el mundo es indiferente y muchas veces hostil al evangelio, si no pueden pasar adelante por el pasillo rodeado de creyentes que se regocijen en su decisión de aceptar a Cristo. La decisión pública ayuda a sellar la decisión personal que la precede. Por lo tanto el llamamiento... *¡que sea público!*

14

Que sea “premeditado”

Algunos de mis lectores extienden regularmente la invitación desde el púlpito. Espero que la mayoría de mis lectores esté procurando mejorar su habilidad de presentar el llamado personal y privadamente. Lo que quiero puntualizar en este capítulo es que la invitación misma ha de ser planeada correctamente, habiéndola “premeditado”. No debe ser ocurrencia de último momento.

En cuanto termino de preparar mi sermón, generalmente me detengo y me hago una pregunta muy importante: *¿Y ahora qué?* En seguida comienzo a planear y orar sobre la invitación. Quiero que mi llamamiento fluya del sermón y sea parte vital de él. Busco de alguna manera fundir mi mensaje en la verdad expresada en Efesios 2:8-10 que dice: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No es por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para hacer las buenas obras que Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.” Al “premeditar” el llamado y al planearlo, hay varios conceptos que quiero que mis oyentes comprendan. Primero, quiero que el *comienzo de la salvación* sea claro. ¿Dónde empieza la salvación? Nadie puede vivir una vida cristiana sin entender claramente cómo se inicia. Si no estamos en lo cierto sobre su origen nos equivocamos en todo lo demás. El inicio de la salvación se encuentra en estas palabras: “Porque por gracia sois salvos.” La salvación no es la respuesta de Dios a nuestras buenas obras, es total y absolutamente fruto de la gracia, del favor inmerecido de Dios. También quiero ser claro sobre el *medio de salvación* que se

encuentra en el versículo siguiente: “sois salvos por medio de la fe”. La fe es el medio, el conducto por el cual la gracia de Dios fluye hacia el corazón del ser humano. “Y sin fe es imposible agradar a Dios” (Heb. 11:6).

Uno de los peligros elementales a evitar en la invitación pública es que alguien crea que el hecho de “pasar adelante” es lo que produce el milagro de la regeneración. Por lo tanto, no sólo hemos de ser claros en cuanto al comienzo y el medio de la salvación, sino también *al clamor de la salvación*. Está en estas palabras: “Y esto no de vosotros... ¡No es por obras!”

Al planear mi invitación también quiero ser claro en cuanto al *costo de la salvación*. Pablo continúa recordándonos que es “un don de Dios”. La salvación no es una meta a ser alcanzada, sino un don para ser recibido gratuitamente. El no captar esta sencilla verdad ha traído aparejado todo tipo de perversiones espirituales de las cuales han surgido sectas y otras religiones falsas. Si usted tiene el deber sagrado de presentar el llamamiento público, asegúrese de que sus oyentes entiendan que el acto físico de responder es distinto de recibir el don de la gracia de Dios que se recibe sólo por fe.

El llamamiento más elevado y el mayor privilegio en la vida es presentar al Señor Jesucristo a hombres y mujeres y extender su llamado a recibir el don de vida eterna por fe únicamente y por la gracia de Dios. Cuando planea este importante llamado... *¡que sea premeditado!*

15

Que sea práctico

Existe un aspecto muy práctico al tema de la invitación. Cuando se hace correctamente y en oración es un medio para lograr un importante propósito eterno.

En mi caso, presento el llamado público mientras mis oyentes permanecen sentados. Al final de mi sermón y sin ninguna música les pido que dejen sus asientos y pasen al frente para estar a mi lado y ser incluidos en la oración. Mi intención es que el llamamiento público sea un puente para que quienes están bajo el poder de convicción del Espíritu lo crucen a fin de encararlo sobre una base personal.

Cuando la gente ha respondido y está de pie junto a mí, hago una oración y luego les invito a que acompañen a uno de nuestros ministros al centro de bienvenida donde tratamos a cada uno individualmente y extendemos el llamamiento personal. (Vea el Apéndice A donde encontrará una descripción verbal de esta invitación.) Para mí este llamado público es un medio para lograr el llamado personal. Los inconversos muchas veces se emocionan profundamente al ver a un amigo o familiar responder al llamamiento público. Pareciera que los que responden sirven de guía o aliciente para que otros sigan su ejemplo.

Nunca doy nada por sentado en el momento de la invitación. En cada culto hablo a varios que nunca han escuchado una invitación pública para recibir a Cristo como Salvador. En consecuencia, la explico detalladamente usando términos prácticos, diciéndoles exactamente lo que les estoy pidiendo que hagan; por ejemplo: “Dentro de un momento le voy a pedir que haga algo que requiere valor. Cuando

inclinemos nuestros corazones en oración le voy a pedir a usted que se ponga de pie, deje su asiento y pase aquí, adelante. Los que están a su lado le dejarán pasar y quizá le palmeen y digan: 'Que Dios le bendiga.'

"Le voy a pedir que pase y se pare aquí al frente a mi lado. No tiene que preocuparse por lo que tiene que decir. Yo sé por qué viene. Y, por el hecho de venir, estará usted manifestando 'Voy a andar por el camino de Dios'. Yo le recibiré aquí. Muchos serán los que vienen y cuando ya estén todos aquí voy a guiar en oración. Después de la oración queremos invitarle a nuestro centro de bienvenida y darle algunos materiales de estudio bíblico que le ayudarán. Si viene usted para aprender más le guiaremos a depositar su fe en Cristo Jesús. Recuerde, no se preocupe si le parece que no sabe qué decir. Por el hecho de venir estará diciendo que va a andar usted en el camino de Dios."

Procuro ser lo más práctico posible en el momento de la invitación. Póngase usted en el lugar del hombre o la mujer sentado en el banco. Quiere responder pero no sabe qué esperar. Quiero que sepa exactamente lo que puede esperar. ¡Nada de sorpresas! Se lo explico paso a paso. Sabe que no va a tener que decir nada a la congregación. Sabe que voy a orar una oración y que no pasará vergüenza.

Debo repetirlo: muchos llamamientos públicos carecen de respuesta sencillamente porque los oyentes se sienten desorientados sobre lo que se les está desafiando a hacer. Hay predicadores que llegan al final de sermón y dicen simplemente: "Ahora nos pondremos de pie y cantaremos dos estrofas del himno 244, ¿no quiere usted venir?" Y la persona en el banco se pregunta: "¿Venir a dónde? ¿Venir a quién? ¿Venir por qué razón? ¿Venir cuándo?", y se retira del culto sin haber respondido a lo que ha escuchado y sentido en su corazón.

Una necesidad urgente de nuestra generación es hacer que el llamado de Cristo sea práctico. Jesús habló de la necesidad de continuamente cambiar los odres para conservar el vino. Los odres viejos perdían su elasticidad y se resquebrajaban. Cuando el vino nuevo, no totalmente fermentado y todavía expandiéndose al desprender sus gases, era echado en odres viejos, éstos corrían el peligro de reventar, perdiéndose tanto el vino como el odre. Pero, cuando el vino nuevo era echado en odres nuevos ambos se conservaban perfectamente.

El vino es el mensaje. Nunca cambia. Los odres son los

métodos. Deben cambiar constantemente. Por ejemplo, como iglesia a veces usamos un vocabulario que resulta extraño al mundo secular. Tratamos de alcanzar a un mundo moderno alejado de Cristo con un vocabulario del siglo diecisiete porque estamos acostumbrados a él. Pero la persona no habla así. Usted no le dice a su secretaria: “Podéis transcribirme esta epístola?” No, usted le dice: “¿Puede tomar una carta?” Odres. Si no cambiamos nuestras expresiones “religiosas” el mundo nunca responderá.

Cuide sus palabras al hacer el llamamiento ya sea público o personal. Evite el vocabulario eclesiástico. Por eso usamos las palabras “centro de bienvenida” al describir nuestra “oficina de consejería”. Previene el prejuicio en nuestros oyentes y proyecta calor y bienvenida. Es un puente en lugar de una barrera.

Al extender la invitación del evangelio trate de ponerse en el lugar de sus oyentes. Piense como ellos. En todos nuestros esfuerzos porque el llamamiento sea apasionado y piadoso, personal y persuasivo, asegurémonos también de... *¡que sea práctico!*

16

Que sea psicológico

En este capítulo no quiero insinuar que juguemos juegos mentales con nuestros oyentes y apelemos a ellos con algún tipo de manipulación. Francamente, necesitamos una manera de exteriorizar a otros nuestro propio compromiso personal con Jesucristo. La invitación pública provee exactamente esto. Es psicológicamente beneficiosa. Hay algo en el estar de pie en la plataforma de los ganadores en los juegos olímpicos y escuchar el himno nacional propio que ayuda a sellar el logro en la mente para siempre. Y hay algo en aceptar a Cristo en público que ayuda a cimentar la decisión en nuestras vidas. Como una ceremonia de casamiento pública, una plataforma de ganador o un acto de graduación, la respuesta a la invitación pública puede ser psicológicamente terapéutica. Por nuestra manera de ser y nuestra naturaleza, necesitamos manifestar nuestras respuestas abiertamente y sin vergüenza.

Hay algo psicológico en exteriorizar en público nuestras decisiones espirituales. Se convierte en una ayuda visual que dura toda la vida. Con frecuencia las decisiones privadas y personales pronto se olvidan, pero la respuesta a una invitación pública nunca se olvida.

Recuerdo muy bien cuando reflexionaba sobre mi propio llamado a dedicar mi vida al ministerio. Fue el verano antes de mi último año en la universidad. Mi sueño de toda la vida había sido ser abogado y dedicar mi vida a argumentar casos ante un juez y un jurado en un tribunal de justicia. Aquel verano, al comenzar a sentir que Dios tenía otros planes para mí,

vacilaba cada día sobre lo que debía hacer. Llegué al punto de saber que no encontraría gozo en otra cosa que no fuera el ministerio y me sentí bastante seguro de que era la voluntad de Dios para mi vida. Sin embargo, seguía vacilando. Sólo cuando hice público mi llamado me decidí de una vez por todas, y nunca me volví atrás. Aunque de aquello hace más de veinte años, todavía recuerdo el momento cuando, vistiendo un suéter de cuello alto y pantalones grises, pasé al frente en mi iglesia haciendo pública mi decisión. Psicológicamente, dar a conocer públicamente mi llamado ayudó a sellarlo para siempre en mi corazón y en mi mente.

Las invitaciones públicas también son psicológicamente estimulantes y desafiantes para quienes las observan. Con frecuencia doy reconocimiento a hombres y mujeres en nuestra iglesia que traen a otros a Cristo y vienen con ellos al frente en el momento de la invitación pública. Hace que muchos otros piensen: *Si Raúl, o Héctor, o María, o Laura puede ganar a alguien para Jesús, yo también puedo*. Cuando los niños responden al llamado, con frecuencia recuerdo a mis oyentes que Jesús explicó que si alguno quiere seguirle debe acudir a él con una fe sencilla e inocente, como la de un niño.

Los psicólogos en la ciudad donde vivo y los que trabajan en mi iglesia avalan los beneficios positivos del llamamiento público. Los impulsos que tengamos de seguir a Cristo disminuirán a menos que los sigamos. El llamamiento público nos da la oportunidad de tocar el corazón en su momento de mayor sensibilidad. Es mi observación personal que uno tiene menos predisposición de responder la segunda o tercera vez. Es como dice Pablo en la carta a los Efesios, que el corazón se endurece más y más hasta llegar al punto cuando, aunque Dios aún llama, ya no podemos escucharle porque nuestros corazones se han endurecido como resultado de ignorar repetidamente el llamado de Cristo. Hay una urgencia psicológica en la invitación que nos llama a responder. *Carpe diem*, “¡aprovecha el día!”

Este principio se aplica tanto en privado como en público. Si comparte usted las buenas nuevas de vida eterna es vital que les dé a las personas la oportunidad de que muestren a otros lo sucedido y les den oportunidad de compartir su nuevo gozo. Así que cuando extienda el llamamiento pública o privadamente... *¡que sea psicológico!*

17

Que esté saturado de oración

Quizá el platillo del que más se habla en el menú del crecimiento cristiano y de alcanzar a otros es la oración. A pesar de ello, es el que menos se elige y ordena. La oración es el campo de batalla de la vida cristiana, especialmente cuando estamos “recogiendo la red” al invitar a hombres y mujeres a aceptar al Señor Jesús como su Salvador personal. Es difícil ganar la guerra si no tenemos idea dónde se está librando la batalla. De todos los temas enfocados en este libro, ninguno es de mayor importancia que la necesidad de que la invitación esté saturada de oración.

A fin de orar eficazmente por los perdidos es imperativo que, para empezar, sepamos bien y tengamos una comprensión bíblica básica de por qué alguien está sin Cristo. Detrás del sencillo hecho de que la persona perdida no ha recibido el evangelio está la realidad de que no sólo se encuentra esclavizada, sino cegada por “el dios de este mundo”, Satanás. El diablo la tiene amarrada. En las palabras del apóstol Pablo, hemos de orar por que los hombres y mujeres perdidos “se arrepientan... y ...escapen de la trampa del diablo, quien los tiene cautivos a su voluntad” (2 Tim. 2:25, 26). Al orar por otros en los momentos de invitación debemos hacerlo conscientes de que en esta batalla, los hombres y las mujeres perdidos están esclavizados y cegados por él.

Además, dice Pablo: “Pero aun si nuestro evangelio está encubierto, entre los que se pierden está encubierto. Pues el dios de esta edad presente ha cegado el entendimiento de los

incrédulos, para que no les ilumine el resplandor del evangelio de la gloria de Cristo, quien es la imagen de Dios” (2 Cor. 4:3, 4). Por lo tanto, dos cosas deben suceder antes de que una persona pueda ser salva. Las ataduras y la ceguera deben desaparecer. Esto ocurre con la oración intercesora. Recuerde: “Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas. Destruimos los argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios; llevamos cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo” (2 Cor. 10:4, 5).

Es así que contamos con el poder de la oración para entrar al reino espiritual y derribar la fortaleza en la que el diablo tiene atado y cegado al inconverso. En consecuencia, nuestra meta de oración en el momento de la invitación no debe centrarse en un individuo en particular que es motivo de nuestra preocupación, sino ¡en el diablo mismo! Así lo hizo nuestro Señor en Cesarea de Filipo. Después que Jesús instruyera a sus discípulos tocante a su próxima muerte, Pedro, con buenas intenciones, quiso distraer su pensamiento de la cruz. Jesús dijo “¡Quítate de delante de mí, Satanás!” (Mat. 16:23). No se estaba dirigiendo a Pedro. Sabía que había detrás de Pedro un poder que lo llevó a decir lo que dijo y Jesús se entendió directamente con el diablo.

Pablo siguió el ejemplo de Jesús cuando, siendo atormentado por un adivinador, “se dio vuelta y [habló] al espíritu” (Hech. 16:18). La oración es el verdadero campo de batalla en el “valle de la decisión” cuando la gente está pesando en la balanza de la eternidad su destino final. Nuestra tarea como intercesores, cuando se está dando la invitación es “destruir los baluartes”, las ataduras y la ceguera que impiden que hombres y mujeres lleguen a un conocimiento salvador de Cristo porque “nadie puede entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes a menos que primero ate al hombre fuerte” (Mar. 3:27).

En cada servicio, al extender yo la invitación, cientos de intercesores oran y “destruyen fortalezas”. ¡Si sólo pudiéramos ver lo que está sucediendo en el mundo invisible a nuestro alrededor! ¡Piénselo la próxima vez que esté en un culto congregacional y se extienda la invitación! ¡Oh, que pudiéramos tener un monitor de televisión que captara escenas en la dimensión invisible al recorrer el santuario, una radio en que pudiera oír todos los sonidos y música a nuestro alrededor en

el reino invisible! Se libra en este reino invisible y espiritual una batalla gigante por las almas de hombres y mujeres sentados a su alrededor.

Por esto la oración debe ser una prioridad al recoger la red. He enseñado a mi congregación que al extender yo la invitación pública deben orar para arrasar con tres baluartes básicos. Está el baluarte del *orgullo*. El orgullo más que ningún otro factor impide que la gente responda a Jesucristo. Orgullo, el gran YO, el pronombre perpendicular. Quienes se escudan en este baluarte se preocupan más del “qué dirán” que de lo que piensa Dios. En los momentos de la invitación pública aparece también el baluarte de la *suposición*. Algunos no responden a la invitación porque suponen que alguna “decisión” tomada años atrás, pero que no resultó en una vida transformada, es suficiente. Muchas personas van a una eternidad sin Cristo porque “suponen” que una decisión falsa era correcta.

El otro gran baluarte que he enseñado a mi congregación a destruir en oración es la *dilación*. Algunos no aceptan la invitación de Cristo porque piensan que ya tendrán tiempo en el futuro, así que lo dejan para mañana. Lo posponen para otra ocasión. ¡Cuando se arrasa con este baluarte se ayuda a otros a percibir que no decidirse es decidirse! A lo largo de los años me ha dado gozo ver a más de cien personas por mes responder a nuestras invitaciones públicas, principalmente por ese ejército de soldados de oración que en cada servicio de adoración ora por la destrucción de los baluartes.

La oración debe ser una prioridad en las invitaciones públicas y privadas. En nuestro ministerio de capacitación para evangelizar salimos en grupos de tres para compartir a Cristo. Oramos antes de salir, oramos rumbo a nuestro destino y oramos frente a la puerta de la calle al esperar que se abra a nuestro llamado. Ya adentro, mientras uno comparte y extiende el llamamiento personal, los otros dos permanecen en constante oración destruyendo fortalezas.

Nuestra iglesia tiene un ministerio de oración en que las veinticuatro horas del día, todos los días de la semana, todas las semanas del año, cuatro personas están intercediendo y orando continuamente pidiendo la destrucción de los baluartes en nuestra ciudad. Cada sábado a la mañana muchos de nuestra congregación se reúnen en el centro de adoración, se arrodillan y oran en casi cada uno de los cuatro mil asientos

por el individuo que ocupará ese asiento la mañana siguiente. ¿Pueden imaginarse qué aliento es eso para mí personalmente cuando predico el domingo, sabiendo que se ha orado por cada uno y que las fortalezas han sido arrasadas?

También hemos enseñado a nuestra congregación a escoger a un individuo en la congregación al comienzo del culto y orar por él durante todo el servicio. Cada semana nuestra iglesia vive el gozo de la oración contestada al ver que personas que ni siquiera conocemos aceptan la invitación. Yo también procuro hacer lo mismo. Quizá durante el período de alabanza elijo a una persona que nunca he visto y oro por ella hasta comenzar el mensaje. Sí, la oración es el campo de batalla y es imposible ganar la guerra si no sabemos dónde se libra la batalla.

De todas las técnicas de las que se podrían estudiar y todos los principios a aplicar para pulir la invitación pública o personal, ninguna es más indispensable que saturarla con la oración intercesora. Sea que usted extienda el llamamiento pública o personalmente, sobre todas las cosas... *¡que esté saturado de oración!*

18

Que sea permanente

Un peligro sutil del llamamiento público es que algunos pueden pensar que es el mejor o, quizá, el único foro en que alguien puede aceptar a Jesucristo. Muchas iglesias cometen el tremendo error de creer que la invitación termina cuando nos retiramos del edificio de la iglesia.

La invitación para seguir a Cristo debe ser permanente. Ha de llenar el ambiente de toda la iglesia y todos sus ministerios. Tanto que ninguna organización en la iglesia tiene el derecho de existir a menos que sus metas y motivaciones básicas sean de llevar a otros a un conocimiento salvador del Señor Jesucristo. Sobre todo, debemos llenar nuestro templo con una consagración fresca, nueva, al antiguo y gran mandato de hacer discípulos de todas las gentes en todas partes.

La obra misionera comienza en nuestra propia “Jerusalén”. El concepto de echar y “recoger la red” debe saturar todo lo que hacemos como iglesia. Nuestra iglesia tiene casi cien ministerios permanentes y cada uno ofrece a las personas la oportunidad de recibir a Cristo como su Salvador personal. Ministramos a cientos de enfermos de cáncer por medio de un ministerio de apoyo cuyo mayor propósito es presentar una invitación personal a recibir al Señor. Nuestro ministerio de alfabetización enseña a docenas de personas a leer. Es maravilloso ver cómo a tantos se les abre un nuevo mundo. Pero nuestro propósito principal es hacer la invitación personal de que reciban al Señor. Tenemos muchos ministerios, pero tenemos un solo propósito, y éste es cumplir la Gran Comisión haciendo discípulos y ayudándoles a madurar como seguidores del Señor Jesucristo.

La invitación a seguir a Cristo no es meramente lo que el predicador hace una o dos veces por semana desde el púlpito. Es algo que debe infiltrar los ministerios de nuestra iglesia y la manera de vivir de nuestros miembros. Para ser sincero, debo decir que muchos de los que pasan adelante en nuestros cultos ya han aceptado a Cristo en una invitación personal hecha por uno de nuestros miembros que “recoge la red” diariamente como parte integral de su vida.

En las reuniones de nuestra iglesia, esta invitación a otros satura todo lo que hacemos. Nuestras comisiones toman todas las decisiones de la iglesia en base a quienes “todavía no están con nosotros”. Animamos a nuestra congregación a entablar relaciones con inconversos. Jesús lo hizo. Lo llamaban “amigo de pecadores”. Me pregunto si el liderazgo de muchas iglesias modernas alguna vez ha sido acusado de lo mismo. Dondequiera que iba nuestro Señor llamaba personalmente a los que sufrían necesidad, ya sea a solas junto a un pozo o en el mercado lleno de gente. Sigo enfatizando a nuestra congregación la importancia de tomar nuestras decisiones y planificar nuestros programas para los que “todavía no están con nosotros”. Muchas iglesias toman sus decisiones en base a los que ya “están aquí” o, peor aún, a los que hace cuarenta años que están. Nunca impactaremos a nuestro mundo con el evangelio en base a invitaciones públicas. Un espíritu de evangelismo y llamamiento personal y privado debe saturar nuestras iglesias y congregaciones como parte innata de nuestra manera de vivir.

Al acercarnos y al comenzar el tercer milenio, tenemos abiertas las puertas de oportunidades a nuestro alrededor. Tomemos nuestras decisiones y existamos para los que todavía no son de la familia y al extender el llamamiento pública y privadamente... *¡que sea permanente!*

19

Que sea pertinente

La invitación debe surgir de la presentación del evangelio y estar relacionada con el contenido del mensaje. A muchos de los que extienden la invitación les resulta difícil lograr una transición natural a la invitación de recibir a Cristo.

Las transiciones súbitas y abruptas de la presentación a la invitación distraen al oyente y le hacen “perder el hilo” de lo que está diciendo el orador. Al presentar el mensaje de salvación individualmente, de uno a uno, he comprobado que las preguntas “de transición” desarman y ayudan mucho a mantener la fluidez de la conversación. Al concluir la presentación es de ayuda hacer una pregunta calificadora como la que sugiere D. James Kennedy, fundador de Evangelismo Explosivo: “¿Esto tiene sentido para usted?” Al recibir una respuesta afirmativa, se ha logrado la transición y se puede hacer la pregunta más pertinente a la decisión: “¿Le gustaría recibir el don gratuito de vida eterna?”

Nuestras invitaciones desde el púlpito deben siempre brotar de la tesis del sermón. Mi propio estilo de predicación es expositiva, la exposición versículo por versículo a través de los libros de la Biblia. En consecuencia, rara vez predico lo que se podría llamar un fuerte y fogoso sermón evangelístico. Pero siempre hago una fuerte invitación evangelística que busco sea pertinente al mensaje y que surja directamente de él.

Por ejemplo, hace poco prediqué paso a paso toda la epístola de Pablo a Filemón. En uno de los mensajes traté el tema de las relaciones personales en el hogar, el trabajo y el medio social. Cuando llegó el momento de la invitación hice la transición de información a la invitación diciendo: “Existen sólo

tres relaciones en la vida. Una expresión es hacia *arriba*. Esta es una relación con Dios. Esto es lo que nos diferencia de los animales. Tenemos la capacidad de conectarnos con Dios mismo por medio de Jesucristo. Segunda, existe una expresión hacia *adentro*. Tenemos una relación con nosotros mismos que incluye el sentido de nuestro propio valor, autorespeto y amor propio.

“Finalmente, existe una expresión hacia *afuera*. Tenemos una relación con otros, ya sea en el hogar, la escuela, la oficina o dondequiera que nos encontramos con otros. La verdad es que nunca nos relacionaremos adecuadamente con los demás hasta no relacionarnos adecuadamente con nosotros mismos. Si no tenemos un auténtico amor propio y autorespeto lo proyectamos teniendo relaciones destructivas. Jesús dio en el blanco cuando dijo que hemos de ‘amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos’.

“Pero debemos dar un paso más y encontrar la respuesta total: nunca nos podremos relacionar adecuadamente con nosotros mismos si no nos relacionamos adecuadamente con Dios recibiendo el don de vida eterna que nos da por medio de su Hijo. Sólo entonces podremos saber cuán inexpressablemente valiosos somos para Dios y empezar a realmente sentirnos bien acerca de nosotros mismos.

“Entonces, la única manera de tener relaciones personales positivas y provechosas con los demás es valorarse y respetarse uno mismo. La única manera de obtener un auténtico sentido de valor personal es conociendo a Dios por medio del Señor Jesucristo.”

Aunque el cuerpo (tema) de aquel sermón no era directamente evangelístico la transición a la invitación evangelística surgió del sermón y era pertinente a él.

Sea cual fuere el tema del sermón, se le puede dar una aplicación evangelística. Miremos, por ejemplo, un mensaje sobre paz mundial. Jesús nos ha llamado a ser “pacificadores”, no sólo amantes de la paz. Es decir, hemos de promover la unidad. La transición al llamamiento evangelístico puede ser algo así: “Nunca tendremos paz a nivel mundial hasta no tener paz a nivel continental; nunca tendremos paz continental hasta no tener paz a un nivel nacional; nunca tendremos paz nacional hasta no tener paz a un nivel comunal; nunca tendremos paz comunal hasta no tener paz a un nivel vecinal; no tendremos paz vecinal hasta no tener paz en nuestro hogar;

nunca tendremos paz en nuestro hogar hasta no tener paz en nuestros corazones. ¡Y nunca tendremos paz en nuestros corazones hasta que hayamos hecho las paces con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo!”

Ya el terreno ha sido preparado para la invitación evangelística: es pertinente al sermón y ha brotado de él.

No importa lo que prediquemos, siempre podemos encontrar la forma de hacer una transición natural y guiar a nuestros oyentes a la cruz. Cierta vez presenté un mensaje sobre la amistad, lo que significa ser un verdadero amigo. Encontré mi transición a la invitación en una poesía por un autor desconocido, que contaba lo que un amigo le decía a otro el día del juicio ante la realidad de que aquel amigo no había compartido con él el mensaje de salvación.

En una manera interesante, sin confrontaciones, logré la transición desde el cuerpo de mi sermón sobre la amistad a la invitación evangelística. Las transiciones son de vital importancia para mantener la atención y el interés de nuestros oyentes.

Sea que tenga usted el privilegio de ofrecer la invitación de Cristo públicamente desde el púlpito o personalmente a un amigo, asegúrese de que se desprenda de la tesis de su presentación y... *¡que sea pertinente!*

20

Que sea integral

Mientras que el enfoque único de un llamamiento personal y privado es la profesión de fe, el llamamiento público lo incluye todo y es más completo en su naturaleza. En el culto de adoración hay muchas y variadas necesidades a las que hemos de apelar.

Al observar mi propia congregación y buscar llenar sus necesidades semana tras semana, veo que muchos de mis oyentes acuden porque quieren saber más o por curiosidad, y aún les falta aceptar el evangelio. También hay quienes aceptaron a Cristo durante la semana cuando algún miembro les extendió una invitación personal. Ahora necesitan hacer pública su decisión. Hay otros que necesitan transferir su membresía para ser parte de nuestro “equipo”.

Otros no saben qué necesitan hacer o cómo responder. Todo lo que saben es que su vida ya no tiene propósito ni dirección. ¡El “algo” que piensan necesitar en realidad es Alguien! No podemos dar por sentado que nuestros oyentes entienden lo que les pedimos que hagan. Debemos decirlo muy claramente y abordar el tema integralmente. Me lleva como cinco o seis minutos hacer esto al comienzo de mis llamamientos públicos, pero no dejo duda en las mentes de los oyentes acerca de lo que les estoy pidiendo que hagan y cómo estoy pidiendo que respondan.

Por ejemplo, hay quienes necesitan aceptar el don de la vida eterna. Generalmente les invito de la siguiente manera: “Sé que muchos de ustedes nunca han puesto su confianza en Cristo Jesús para obtener su salvación. Si llegaran a morir hoy no saben dónde pasarán la eternidad. En un momento les

voy a pedir que dejen su asiento y vengan a mi lado aquí al frente. Al venir estarán diciendo: 'Quiero conocer a Cristo Jesús.' Muchos de ustedes vendrán y cuando lleguen aquí dirigiré una oración. Si vienen deseando saber más, queremos sentarnos con ustedes y guiarlos a depositar su fe en Cristo Jesús." Los que necesitan entregar sus vidas a Cristo, ahora saben lo que pueden hacer y qué esperar si responden.

Otros en mi congregación ya han invitado a Cristo a ser su Salvador personal, pero necesitan hacer una profesión pública de fe de haber entregado su vida a él por las razones explicadas en los capítulos anteriores.

Generalmente apelo a este grupo de la siguiente manera: "Hay otros entre los presentes que ya han entregado su corazón a Cristo, quizás esta semana, la semana pasada, el mes pasado, o cuando fuere, que ahora necesitan manifestarlo públicamente. Les voy a pedir que se unan a los que ya están viniendo y al hacerlo estarán diciendo: 'Iré por el camino de Dios identificándome con él pública y abiertamente y sin avergonzarme.' Jesús dijo que si le confesamos ante los hombres, él, a su vez, nos confesará delante del Padre que está en los cielos. Manifestar públicamente una decisión ayuda a solidificarla en su vida. Cuando Cristo llamaba a las personas a que le siguieran siempre lo hacía públicamente. Así debe de ser."

Aun otros en la congregación están inseguros de su propia salvación y necesitan esa seguridad. Para ellos agregó: "Muchos de ustedes dicen sinceramente: 'En realidad no estoy seguro de ser salvo.' Dios no quiere que dude o vacile de un día a otro si es salvo o está perdido. Tanto así que dice que la Biblia fue escrita para que 'conozcan que tienen vida eterna.' Dice que la experiencia de la salvación es como pasar de muerte a vida o de un cuarto oscuro a la luz. ¿Cómo se puede pasar de un cuarto oscuro a uno con luz sin darse cuenta? ¿Cómo puede pasar de muerte a vida y no saberlo? Dios no hace difícil el que seamos salvos. En realidad, dice que si cualquiera de nosotros venimos a él debemos hacerlo en sencillez, con la fe de un niño, confiando solamente en él para salvación.

"Si usted no está seguro puede estarlo hoy. Le voy a pedir que en un momento se una a los otros que estarán viniendo. Al venir estará diciendo: 'No estoy seguro de haber recibido la vida eterna, pero quiero resolverlo de una vez por todas, esta

misma mañana.' Espero que usted sea el primero y lo esperaré aquí al frente. Tenemos información que deseamos darle que le ayudará, y queremos sentarnos con usted y guiarlo a la seguridad de su salvación." Los oyentes que han estado luchando con la falta de seguridad ahora saben que no están solos, que no tienen que tener temor de admitirlo y que pueden obtener orientación.

Hay otros en mi congregación que son miembros de iglesia y seguidores del Señor Jesucristo, pero que ya no son activos en sus propias congregaciones. Quizás se han mudado a nuestra área o vienen de otras iglesias por alguna razón. Necesitan ser parte de nuestra congregación. A ellos públicamente les hago un llamamiento como éste: "Muchos de ustedes son cristianos pero ya no son activos en su iglesia. Ahora reciben su alimento espiritual aquí con nosotros, y ha llegado la hora de que se decidan y se hagan miembros de esta iglesia. Lo han pensado, lo han planeado, han orado y lo único que les falta es hacerlo. Les voy a pedir que se unan a los que van a venir en un momento. Al venir estarán diciendo: 'Quiero ser miembro de esta iglesia y servir a Dios en y a través de ella.' Sea usted el primero, y al venir será como un guía para los muchos que necesitan conocer a Cristo Jesús." Al recién convertido no le es siempre fácil pasar al frente. Por eso, en nuestro llamamiento integral debemos animar a los que sólo deben solicitar carta de transferencia a que lo hagan mostrando el camino.

El llamamiento público debe ser completo. Muchos se lamentan porque más jóvenes no se rinden al llamado de Dios para el ministerio y, sin embargo, ¡hay miles de iglesias donde hace años que no se escucha el llamamiento al ministerio desde el púlpito! Nuestra congregación actualmente tiene 30 adultos sirviendo a Cristo en el campo misionero, y docenas de otros que han salido a servir en ministerios relacionados con la iglesia. Creemos en desafiar a nuestra congregación desde el púlpito y "llamar a los llamados" a través del llamamiento público.

Si es su privilegio hacer el llamamiento público, asegúrese de que éste sea sencillo, claro, y... *¡que sea integral!*

21

Que sea sensitivo

Recoger la red demanda una sensibilidad especial al Espíritu Santo. Los que hacemos la invitación debemos ser sensibles al Espíritu. Hay ocasiones en nuestra adoración colectiva cuando percibo un movimiento especial del Señor sobre su pueblo, y hago el llamamiento en ese momento.

Por ejemplo, en ocasiones he hecho el llamamiento antes de predicar el mensaje. Una vez, durante un solo musical, antes del sermón, fue como si Dios mismo hubiera entrado al santuario. Todos parecían haberlo percibido. El hombre que cantaba se emocionó profundamente, siguió cantando mientras las lágrimas rodaban por las mejillas.

Un silencio “santo” descendió sobre la congregación. No era el tiempo para el sermón, sino el momento para reconocer la presencia de Dios y dar oportunidad para responder a ella. En forma sintetizada compartí las buenas nuevas e hice el llamamiento público. Muchos respondieron, todos “antes del mensaje”. Ha habido otras ocasiones en nuestro culto de adoración cuando hombres y mujeres, bajo el poder convincente de Dios, han dejado sus asientos en medio del sermón para acercarse al altar. En más de una de estas ocasiones, me he detenido durante el mensaje, he hecho un llamamiento, continuando luego con el sermón. Lo que quiero recalcar aquí es que el llamamiento no necesariamente tiene que hacerse como se ha hecho siempre. Sea sensible. Sea perceptivo a la dirección del Espíritu Santo, en el púlpito, en la calle , o en la sala de una casa.

Hay muchas y nuevas formas innovadoras de presentar el llamamiento de Cristo en en el culto de adoración. (No permi-

ta que la congregación sepa lo que va a hacer, sea perceptivo.) En nuestra iglesia hacemos el llamamiento en diversas formas, en diferentes ocasiones. Cuando hacemos la invitación los domingos por la mañana al concluir el mensaje, lo hacemos sin cantar. La gente permanece sentada durante el tiempo que dura la invitación. Si alguien sentado en el centro de la banca siente el deseo de responder, el que todos estén parados, cantando un himno, le crea una barrera mental. A fin de llegar al pasillo para ir al frente, todos en la banca tienen que salirse para dejarlo pasar. En su mente él lo ve como una inconveniencia para las personas que ni siquiera conoce. Por lo tanto, aplazará el impulso de su corazón. Pero, si los que están a su lado están sentados, en actitud de oración, es más fácil que él pase enfrente de ellos al pasillo y luego al altar. Mientras que hago el llamamiento los domingos por la mañana (en el Apéndice A encontrará una invitación detallada), pido a los que desean responder que se pongan de pie, salgan al pasillo, y se unan conmigo en el frente mientras que la congregación entera permanece en oración.

Nunca deja de maravillarme cómo, en la quietud del momento, la gente comienza a responder de todos los sectores del templo. Una vez que estamos juntos en el frente, dirijo una oración e invito a los que han respondido a nuestro “centro de bienvenida”, un salón cerca del auditorio diseñado con un área de recepción y varias salitas a los lados donde un consejero capacitado habla individualmente con cada persona que respondió. A los que se unen a nuestra iglesia de otras congregaciones se les pide que compartan con el consejero su testimonio personal de salvación. Creemos que es imperativo e importante hacer lo posible para asegurar una membresía regenerada.

En nuestro culto de adoración los domingos por la noche, diseñado para atraer a los que han estado fuera de la iglesia por años, hacemos un llamamiento en una forma totalmente diferente. Al final de mi sermón cuando busco poner el broche de oro a la conclusión del sermón, llamo la atención de la congregación a una tarjeta verde colocada en el respaldo de la banca de enfrente. La tarjeta tiene como título: “Tengo interés en conocer más acerca de temas espirituales.” Hay lugar para el nombre, la dirección, un lugar para “marcar” si desean conocer más acerca de temas espirituales, e instrucciones breves relacionadas con una invitación para reunirse en el “centro de

bienvenida” a fin de compartir un momento de compañerismo inmediatamente después del culto.

Les animo a tomar la tarjeta y reunirse conmigo y otros en un lugar designado al concluir el culto. Es una adaptación de lo que el evangelista del pasado, Charles Finney, llamaba la “antesala”. Hemos constatado que esto es una herramienta eficaz para una adoración más contemporánea.

Nuestro culto de adoración entre semana da oportunidad de tener un formato y un llamamiento diferentes. Concluimos nuestro culto los miércoles por la noche con un llamado para orar por los enfermos. Invitamos a los que piden oración por ellos mismos a venir y arrodillarse en nuestros altares de oración donde los diáconos (ancianos) oran unos por otros. Damos énfasis no sólo a los que necesitan la sanidad de Dios físicamente, pero también a los enfermos en el área de las emociones (quebrantados de corazón, deprimidos, etc.), y también a los que piden oración por sus necesidades espirituales.

Como estamos compuestos de espíritu, alma y cuerpo buscamos darnos por completo en nuestra forma de orar. Una vez que éstos se han reunido y se está orando por ellos, digo luego al resto de la congregación: “Sé que muchos de ustedes conocen a alguna persona que necesita oración en este altar, pero no están aquí para pedirla. Quizá no pueden hacerlo. Quizá estén enfermos físicamente y en el hospital. En un momento querrán venir y arrodillarse en lugar de ellos e interceder por ellos. Quizá conozcan a alguien que sufre, quebrantado de espíritu, deprimido, o simplemente nervioso, y no está aquí pidiendo oración por sí mismo. En un momento querrán venir y arrodillarse en su lugar e interceder a su favor.

“O quizá conozcan a alguien enfermo espiritualmente o espiritualmente muerto sin Cristo. No se encuentra aquí esta noche pidiendo al Señor que lo salve, pero en un momento querrán venir y arrodillarse en su lugar y ser un intercesor por ellos.” Luego cantamos un himno corto mientras que más personas vienen al altar. Tenemos entonces un grupo grande arrodillado en oración.

Después de guiar en oración digo: “Antes de regresar a sus asientos sé que muchos de ustedes dirían: ‘No estoy seguro de tener vida eterna, pero me gustaría tenerla, y quiero resolver esta cuestión hoy mismo.’ Mientras continuamos en un espíritu de oración, si esa es su situación, ¿podría levantar su mano rápidamente y luego bajarla?” El que busca respuestas

ahora ha admitido su necesidad. En ese momento hago una transición adecuada para invitarlo a él o ella a ir al “centro de bienvenida” donde podremos tratar personalmente la necesidad de su corazón.

En cada reunión de nuestra iglesia damos oportunidad para que los presentes respondan al llamado de Cristo, aunque lo hacemos en muchas maneras diferentes y buscamos que no se convierta en algo rutinario. Nuestro templo está localizado en el centro de la ciudad, y tenemos un grupo grande de personas de negocio que se reúnen para almorzar y estudiar la Biblia cada martes. En cada mesa hay tarjetas para registrar la asistencia de todos. En ellas aparece un cuadro pequeño en la esquina inferior. Al final del mensaje cierro con una oración y doy a mis oyentes la oportunidad de abrir su corazón a Cristo en la privacidad de su propia oración.

Al concluir pido a los que oraron para recibir a Cristo, que simplemente marquen el cuadro en su tarjeta de registro. Les aseguro que nadie los llamará a menos que ellos lo pidan. Les digo que recogeré las tarjetas y les enviaré una carta personal y privada al día siguiente con algunos materiales para facilitarles el estudio de la Biblia e instrucciones de cómo seguir adelante en su decisión de seguir a Cristo. Esta forma de proceder ha tenido mucho éxito en nuestras relaciones con la gente de negocios y profesionales.

Este capítulo podría continuar indefinidamente describiendo diferentes métodos para hacer un llamamiento. Lo que simplemente deseo transmitir es que necesitamos ser perceptivos a nuestros públicos y al Espíritu Santo. En resumen, no sea repetitivo y rutinario en sus métodos. No siempre tenemos que cantar cuatro estrofas de “Tal como soy”¹ y presionar, manipulando a las personas para que respondan. Los que asisten con regularidad perderán el sentido de expectación si caemos en una rutina que nunca cambia. Las personas nuevas se preguntarán qué deben hacer. Muchos damos por sentado que los que verdaderamente necesitan responder entienden nuestro sistema de invitación, y al final terminamos hablándonos a nosotros mismos cada domingo sin recibir una respuesta visible.

Sea flexible. Sea perceptivo. No todas las iglesias tienen que hacer el llamamiento de la misma forma.

Personalmente creo que hay mucho mérito en el sistema de invitación tal como lo conocemos, pero más y más voy vien-

do que hay formas diferentes y nuevas para hacerla. Sea que tenga usted el privilegio de extender el llamamiento a otros pública o privadamente... *¡que sea sensitivo!*

¹ “Tal como soy”. Himno N° 211 del *Himnario Bautista*, C.B.P.

22

Que sea natural

Al lanzar el desafío de que seamos naturales en nuestra invitación, queremos decir que debe ser lógica, debe tener sentido. El diccionario define la palabra como “perteneciente a la naturaleza o conforme a la calidad de las cosas”.

O sea, que no pretenda ser alguien que no es cuando extiende el llamamiento. Sea auténtico. Este volumen ofrece muchas sugerencias y variaciones de cómo podemos extender la invitación de Cristo a otros en privado o en público, pero en todos los casos es imprescindible que sea auténtico. Sea tan sabio como el joven David que sabía que no podía enfrentarse al gigante con la armadura de Saúl; simplemente, no le quedaba. Use sus propias “armas” al hacer la invitación, y si algo que lee o escucha no le “queda”, no lo “use”.

Dondequiera Dios nos haya puesto para extender su reino debemos identificarnos con los intereses de la gente. Mi primer pastorado fue en una comunidad agrícola. Durante mi pastorado allí un joven fue llamado a ser pastor de una de las pequeñas iglesias rurales. Se hizo famoso por usar, durante sus sermones, ilustraciones detalladas de cosas como la fisión nuclear, la ingeniería genética, y muchos otros temas sobre los cuales esos agricultores no sabían nada. Y por cierto, ¡tampoco el joven pastor! El privilegio de extender el llamamiento de Cristo en su nombre nos obliga a ser dignos de credibilidad y a usar nuestro sentido común. Sea natural. Comuníquese al nivel de su congregación. Identifíquese con los intereses de sus oyentes y logrará construir un puente irresistible al dar testimonio.

Jesús siempre apeló al individuo partiendo desde su

interés particular. Para el carnicero era el “Cordero de Dios”. Para el panadero era el “Pan de Vida”. Para el fabricante de velas era la “Luz del mundo”. Apeló a los magos tomando en cuenta su interés. Eran astrónomos e interesados en estudiar las estrellas. ¿Qué hizo? Llamó su atención a una estrella que los guió a Belén.

La mayoría de los discípulos se ocupaban en el negocio de la pesca alrededor del mar de Galilea. El Señor hizo su llamado público tomando en cuenta su interés. Dijo: “Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres” (Mat. 4:19). Más tarde, en Samaria en el pozo de Jacob, se encontró con una mujer que se había aventurado a salir en ese día caluroso porque necesitaba agua. Hizo su llamamiento personal tomando eso en cuenta. Habló del “agua viva” (Juan 4:10). A dondequiera que iba el Señor nunca trató de ser alguien o algo que no era, y siempre hizo su llamamiento a otros conectándolo con los intereses particulares de ellos.

Sea auténtico. Sea natural. Sea sensible a las necesidades de los demás. Está usted cumpliendo una tarea especial dada por Dios, y en algún lugar hay alguien que debe ser alcanzado para Cristo que nadie puede alcanzar como usted. No importa si pastorea la iglesia en el campo, o en la ciudad, a tiempo completo o bivocacional, o si sirve a Cristo como laico. Quienquiera que sea o haga lo que haga, sea auténtico. Al hacer el llamamiento que sea lógico y... *¡que sea natural!*

23

Que sea preciso

Aunque muchos pastores-evangelistas y evangelistas del pasado fueron grandes defensores de la invitación larga, extendida y prolongada, yo, en lo personal, no pienso lo mismo. Creo que una vez que el mensaje de redención ha sido presentado adecuada y persuasivamente el llamamiento que sigue debe ser preciso, tomando el tiempo necesario, no más ni menos.

Hay los que cantan nueve o diez estrofas de un himno de invitación, aun cuando no hay respuesta pública. Las iglesias actuales que están ganando a muchas personas para Cristo casi nunca hacen llamamientos largos. Existe una diferencia fundamental entre las iglesias evangelísticas de hoy y las del pasado.

Antes quizá se dependía más de la predicación. Ahora capacitamos a nuestros miembros con programas como Evangelismo Explosivo, para alcanzar a otros no diciendo: “Vengan a escuchar a mi predicador”, pero compartiendo las buenas nuevas de Cristo y ofreciendo un llamamiento personal para que confíen en Cristo allí mismo donde están. Los que han testificado por lo general se sientan el domingo siguiente al lado de los que ellos han guiado a Cristo, y cuando se hace el llamamiento público, a éstos les es más fácil hacer una profesión pública de fe.

No pasa un domingo en que hago la invitación pública que nuestros hombres y nuestras mujeres no pasan adelante en el momento de la invitación lado a lado con los que han guiado a Cristo durante la semana. Me atrevo a decir que el 90 por ciento de los adultos que hacen profesión de fe en nuestro culto de

adoración lo hacen porque uno de los miembros los ha guiado personalmente a confiar en Cristo. Podría predicar yo el domingo sobre la vida en el planeta Marte e igualmente ver profesiones públicas de fe porque los hermanos ya han testificado a otros haciéndoles un llamamiento personal. Por lo tanto, trato de hacer el llamamiento público preciso y al grano.

Es importante llegar al grano durante el llamamiento. (Ver Apéndice A.) ¡No se desvíe del tema! Algunos cometen el error de llegar al momento de “recoger la red” y luego se van por la tangente. En esos casos perdemos la atención de los oyentes. También puede suceder durante el llamamiento personal que surja una pregunta que nos hace salir del tema. Los llamamientos eficaces y duraderos generalmente son precisos y al grano. No debemos confundir esto con mecanizar nuestro llamamiento. Una vez más, sea sensible al Espíritu Santo y, al mismo tiempo, sea sensible a la reacción de los oyentes. Cuando Dios está obrando y se palpa el Espíritu en medio nuestro, debe extenderse el llamamiento manteniéndonos sensibles a la dirección de Dios.

Cuando extendemos el llamamiento de Cristo para salvación... *¡que sea preciso!*

24

Que sea excelente

En los negocios del reino debemos ser excelentes en todo lo que hacemos. Calidad debe ser la meta, especialmente en nuestra muy importante tarea de extender el reino de Dios en el lugar donde vivimos.

Los llamados a extender la invitación evangelística deben esforzarse continuamente para capacitarse y mejorar su modo de hacerlo. En la economía de Dios, lo bueno es enemigo de lo mejor. Es muy común que se dé atención especial a cada aspecto del culto de adoración, buscando que siempre cada cosa se realice de la mejor manera posible, no así el llamamiento público. En la mente de muchos es simplemente un que-hacer fijo relegado a su lugar al final del sermón como una especie de “vaca sagrada”, pero nunca recibiendo la debida reflexión o atención.

Nos aseguramos de que la música sea de calidad, que el sermón esté bien pulido, y el culto entero se desarrolle sin problemas desde el “llamamiento a la adoración” hasta la bendición final. Pero muchos de nosotros casi nunca nos ocupamos de controlar la calidad del tiempo dado al llamamiento público.

Fíjese en el mundo que le rodea. Las empresas principales emplean una cantidad increíble de tiempo entrenando y enseñando a sus equipos de ventas cómo sellar una transacción. Todo el tiempo que se emplea en dar información y hacer la presentación nunca puede tomar el lugar de calidad a la hora del compromiso. Los vendedores de todo tipo se entrenan bien en el arte de recoger la red en sus respectivas profesiones. Sin embargo, este mismo elemento frecuentemente se ignora

en el entrenamiento de quienes se preparan para el ministerio. Es inconcebible, y sin embargo una realidad, que uno puede graduarse de ciertos seminarios sin que se le requiera tomar un solo curso sobre evangelización, mucho menos capacitarse en el arte de “recoger la red”.

Ya sea que tenga el gozo de ofrecer el llamamiento pública o personalmente, estúdielo, trabájelo y... *¡que sea excelente!*

25

Que sea provocativo

Nada que hagamos debe ser más atractivo, más fascinador, más tentador o más provocativo que el llamamiento a otros para seguir al Señor Jesucristo. Hay muchas formas de salirnos del molde para hacer que nuestro llamamiento personal, igual que el público, capte la atención de nuestros oyentes. Queremos despertar su curiosidad y estimular su apetito para que quieran saber más y luego tomar una decisión en base a lo que han escuchado.

Al estudiar la vida de nuestro Señor y cómo él captó el interés de otros, encontramos que Jesús tenía una habilidad prodigiosa no sólo de analizar lo que preocupaba a la gente, sino también para despertar su curiosidad. Considere, por ejemplo, su encuentro con la mujer en el pozo (Juan 4). Por el sencillo acto de hablar con ella derribó las barreras sociales, religiosas, raciales y políticas que existían en la cultura del Medio Oriente en aquella época. Despertó su curiosidad hablando con ella acerca del “agua viva” y hasta llevarla a preguntar: “Señor... ¿De dónde, pues, tienes el agua viva?” (vv. 10, 11). La manera provocativa de abordar el tema hizo que ella le hiciera una pregunta, algo de vital importancia cuando hacemos un llamamiento personal.

Cuando la persona interesada toma la iniciativa y hace una pregunta, la tensión creada por el encuentro parece desaparecer. Lo he visto suceder muchas veces en mi propia experiencia personal. He tenido el privilegio de compartir a Cristo con mucha gente al viajar. Sin embargo, he descubierto que me encuentro en una desventaja tan pronto como mis com-

pañeros de asiento preguntan cuál es mi profesión, y por lo regular lo hacen al comienzo de la conversación. Por eso, en vez de decirles que soy un pastor, busco despertar su curiosidad al punto de que me hagan una pregunta.

Casi siempre sucede así. Estoy sentado en el avión, y alguien se sienta a mi lado. Intercambiamos sonrisas, saludos y nuestros nombres. Y luego viene la pregunta de siempre. Preguntan:

—¿Cuál es su profesión?

Yo les contesto:

—¡Estoy en el negocio de contar a hombres y mujeres cómo hacer el descubrimiento más importante de la vida!

Luego pretendo ignorarlos y sigo leyendo mi libro o revista. ¡Nunca falla! En el curso del vuelo, generalmente cuando se sirve la comida, preguntan:

—¿Sí? ¿Qué es?

Les contesto:

—¿Qué es qué?

Y, con una sonrisa preguntan:

—¿Cuál es el descubrimiento más importante de la vida?

—Qué bueno que preguntó, con mucho gusto se lo diré —les respondo.

Desperté su curiosidad. Tomaron la iniciativa para hacer una pregunta. La tensión desaparece, comienzo a compartir el plan de salvación y hago un llamamiento personal para que mi interlocutor ponga su fe y confianza en Cristo Jesús para que haga, en verdad, el descubrimiento más grande de la vida.

No podemos nosotros solos crear un interés espiritual en una persona. Sólo lo puede hacer el Espíritu Santo, pues nadie en verdad ha venido a Cristo Jesús a menos que primero haya sido atraído por el Padre (ver Juan 6:44). Pero podemos ser sus instrumentos para despertar la curiosidad y compartir a Cristo Jesús en el poder del Espíritu Santo, dejando los resultados a Dios. Es importante que recordemos que cuando Dios trabaja lo hace en ambas partes. Si guía a Felipe al desierto de Gaza él tendrá a un etíope allí, listo para escuchar y recibir las buenas nuevas. Si guía a Pedro a Cesarea tendrá allí a un Cornelio listo para escuchar y recibir las buenas nuevas. Si guía a nuestro Señor a tomar otro camino e ir por Samaria donde descansará junto a un pozo, él tendrá allí a una mujer lista para escuchar y recibir las buenas nuevas. Y si él nos guía a ti y a mí a algún lugar en particular en una ocasión en

particular, será porque él desea que seamos su mano extendida pasando el vaso de agua viva. No podemos crear interés espiritual en otra persona, pero podemos ser su instrumento para despertar la curiosidad y abrir la puerta a la presentación del evangelio.

Como mi llamado particular es hacer el llamamiento público con regularidad, busco despertar la curiosidad de la congregación durante diferentes actividades en el curso del culto de adoración, al mismo tiempo que estoy orando y planeando para el tiempo de la invitación. A principios del culto, al dar la bienvenida a las visitas, puede que diga algo como: "Algunos de ustedes han llegado sin darse cuenta de que ésta será la hora más importante de su vida, ¡pues en esta mañana ustedes harán el descubrimiento más importante de su vida y se retirarán en pocos minutos con una vida nueva y un nuevo comienzo!

He despertado su curiosidad y les he dado algo en qué pensar mientras oyen la música y escuchan el mensaje. Luego, durante el llamamiento público, hago alusión a lo que dije antes. Lo mismo, con variaciones, puede hacerse en el llamamiento personal como ya fue explicado en este capítulo. Después de la presentación del evangelio, y antes de pedir una decisión en el llamamiento personal, me da resultado calificar la presentación preguntando: "¿Tiene esto sentido para usted?" Esto le da oportunidad al oyente para ratificar la verdad y lógica del evangelio y abre el camino para la pregunta clave: "¿Quiere usted recibir el don de la vida eterna ahora mismo?"

Después de una contestación afirmativa tengo luego el privilegio de guiar a mi amigo en una oración de salvación. (Ver Apéndice B.)

Estoy convencido de que más gente respondería al evangelio si más de nosotros hiciéramos el llamado en una manera atractiva y provocativa. Al extender el llamado de Cristo personalmente en privado o públicamente desde el púlpito... *¡que sea provocativo!*

26

Que sea irradiador

En muchas de las iglesias evangélicas el llamamiento público ha sido por tanto tiempo un acto permanente que corre el peligro de convertirse en algo mecanizado, siempre después del sermón y antes de la oración final y, desafortunadamente, con poca expectativa. El llamamiento público debe ser una actitud más que una mera actividad en la reunión de adoración. Debe saturar todo el culto de adoración desde el comienzo hasta el final. Personalmente busco introducir la actitud del llamamiento antes de comenzar el culto, la continúo durante todo el servicio, extendiendo la invitación después del mensaje y eventualmente despido a la gente haciéndoles pensar en ella. Cada parte del culto debe irradiar el llamamiento público.

En realidad comienzo el llamamiento público media hora antes de cada culto. Ocupo este tiempo caminando por los pasillos saludando a la misma gente a la que más tarde en el culto extenderé la invitación. Esto me ofrece una oportunidad excelente para hablar con una veintena de personas, darles la mano para saludarlas e impactar sus vidas. Cada semana alguien me llama para que me acerque a donde está sentado y presentarme a un amigo que ha guiado a Cristo durante la semana. Puedo conocerles y saber quiénes son y regocijarme con ellos en su nueva fe.

Les digo: “Al terminar mi mensaje esta mañana voy a pedir a todos los que han recibido a Cristo durante esta semana que dejen sus asientos y vayan al frente para orar juntos, y ¡ojalá que usted sea el primero en hacerlo! Nuestro amigo mutuo, Roberto, lo acompañará, y pueden estar de pie juntos

al frente en nombre de Jesús.” Invariablemente, el individuo promete responder cuando llegue el momento de la invitación. Por lo común, ya sé de diez o doce adultos en nuestros cultos matutinos quienes, antes de comenzar la reunión, ya se han comprometido a hacer una profesión pública de fe durante la invitación.

Por casi 15 años hemos tenido un promedio anual de mil profesiones de fe en nuestra iglesia, y atribuyo como factor principal de nuestro éxito a estas invitaciones hechas antes del culto. Tiene el efecto de “desarmar” a los que más profundamente necesitan tienen de responder a la invitación. Les da una oportunidad de exteriorizar su fe al ministro y les da confianza sabiendo que yo ya sé por qué están respondiendo a la invitación aun antes de que se levanten.

Sigo con la invitación cuando comienza el culto. Al principio de la experiencia de adoración dedicamos un tiempo para estar quietos y confirmar la presencia del Señor viviente en medio nuestro. Durante este momento de oración extiendo el llamamiento invitando a la congregación a orar por los que están en el culto y que se encuentran en una encrucijada en sus vidas, sin propósito y quizás sin dirección.

Damos gracias a Dios por adelantado por los muchos que responderán al llamamiento más tarde en el culto. A menudo oramos por los que están a nuestra derecha y a nuestra izquierda, de modo que todos los que están en el edificio son presentados delante del Señor con sus necesidades de ese momento. Continúo el llamamiento cuando damos la bienvenida a nuestras visitas haciendo una afirmación positiva: “Muchos de ustedes han venido pensando que simplemente están asistiendo a un culto de adoración, pero están aquí esta mañana para tener una cita con el mismo Dios, y ¡se retirarán dentro de unos minutos con una vida nueva y un nuevo comienzo!” Es maravilloso cómo muchos testifican que esto les ha iluminado la mente, los ha puesto en actitud de expectativa, y los ha hecho considerar seriamente, quizás por vez primera, las declaraciones de Cristo. Mientras continúo extendiendo la invitación en diferentes formas durante el culto, procuro dar esperanza y crear una actitud de expectación en los corazones de mis oyentes.

El llamamiento público continúa a través de la parte principal de mi mensaje matutino. En la introducción al sermón procuro proveer un “gancho” para el llamamiento y trato de

colocarlo en su lugar durante el mensaje. Dedico mucho tiempo a estudiar para luego lograr una transición natural del sermón al llamamiento público (ver cap. 19). Luego llega el momento crítico cuando animo a mis oyentes a responder públicamente al evangelio de Jesucristo. Todo lo que sucede antes del llamamiento público ha guiado a este punto y, por lo tanto, es el eje sobre el cual gira la experiencia de adoración congregacional. Con esto quiero decir que lo que se hace anterior y posteriormente apunta a eso.

El llamamiento público continúa después de que concluye la invitación en sí. Recibimos nuestra ofrenda matutina después del llamamiento público. Conforme la gente se reúne en el altar durante el tiempo de la invitación tengo una oración con ellos y les invito a que sigan a uno de los miembros al centro de bienvenida, como se describe en los capítulos anteriores.

En este momento se recoge la ofrenda y continúo el llamamiento público diciendo a la congregación: "Sé que muchos de ustedes nunca han estado en un culto como éste y sienten en su corazón que debieran haber respondido como los otros al llamamiento de Cristo esta mañana. No es raro en nuestra iglesia que la gente continúe pasando al frente aun cuando se está recogiendo la ofrenda. Nuestros ministros estarán al frente para recibirle. Al venir al frente mientras se recoge la ofrenda, estarán diciendo que no quieren irse esta mañana sin dejar todo arreglado con Cristo. No se vaya sin él. Venga ahora durante el período de la ofrenda, dé la mano a uno de los ministros; ellos saben por qué viene usted." El espíritu del llamamiento sigue mientras se toca la música y cada semana en uno o más de nuestros cultos, hombres y mujeres responden al llamamiento durante el período de la ofrenda.

Continúo el llamamiento mientras despido a la congregación. Estoy consciente de que muchos de los oyentes estarán bajo la convicción del Espíritu Santo y están por irse sin tomar una decisión consciente por Cristo. Al despedirles les animo a tomar la tarjeta que está enfrente de ellos, que dice: *Tengo interés en conocer más sobre temas espirituales*. Exhorto a los que el Señor está tocando a que lleven la tarjeta al centro de bienvenida. Les aseguro que allí encontrarán una cálida bienvenida y podrán obtener algún material que les ayudará. Con gusto nos sentaremos con ellos para guiarlos a una fe en Cristo.

Cada semana hombres y mujeres aparecen en el centro de bienvenida después de concluir el culto, ¡indicando que no se quieren ir hasta haber tenido un encuentro con el Cristo viviente! Finalmente, al finalizar cada culto reto a los miembros a que se ocupen de extender un llamamiento personal durante la semana. Les digo: “Alguien a quien usted conoce necesita recibir a Jesús esta semana. ¡Lo estaré buscando a usted con esa persona a su lado el domingo próximo!”

No debemos pensar que el llamamiento público es una parte separada del resto del culto. Es una actitud que debe irradiar todo el culto. Por lo tanto, cuando representa a Cristo extendiendo su llamamiento a los hombres y las mujeres que enfrentan la eternidad... *¡que sea irradiador!*

27

Que sea arrasador

Uno de los factores más importantes a ser considerado cuando extendemos el llamamiento es arrasarlo con los temores y objeciones en la mente de nuestros oyentes. Para algunos de nosotros ha pasado demasiado tiempo desde que nos hemos puesto en el lugar de los que buscamos atraer con las buenas nuevas. Necesitamos tratar de pensar como ellos, de manera que destruyamos cualquier barrera invisible e idea preconcebida que los pueden mantener alejados de Cristo. La mejor forma de ayudarles a cambiar de pensamiento (arrepentirse) y arrasarlo con sus objeciones es usando la Palabra de Dios.

Frecuentemente veo que al extender el llamamiento algunos de mis oyentes no responden porque todo les es tan nuevo, y temen lo que otros puedan pensar. Cuando soy sensible a esta objeción en particular digo algo como: “Reconozco que algunos de ustedes se preguntan qué pensarán los demás si se suma a los que han respondido abierta y públicamente al llamado de Cristo. Por eso, quiero recordarles que Jesús dijo: ‘Pues el que se avergüence de mí y mis palabras..., el Hijo del Hombre se avergonzará también de él cuando venga en la gloria de su Padre’ (Mar. 8:38). Conviene que se preocupe más de lo que piensa Cristo y no de lo que otros piensan.” Al usar la Palabra de Dios durante el llamamiento he, con gran autoridad, arrasado la barrera y construido un puente sobre una objeción difícil, haciendo fácil que los oyentes vengan a Cristo.

Hay otros que están en el “valle de la decisión” y temen que debido a su antigua manera de vivir Dios no los aceptará. Al extender el llamamiento nunca trato de arrasarlo esta objeción con la lógica, más bien lo hago con la Palabra de Dios. Les

diré: “Quizá algunos de ustedes se sienten vulnerables, y temen que si responden a Cristo, él no les aceptará. Bueno, tengo buenas noticias para usted. Jesús dijo: ‘Al que a mí viene, jamás lo echaré fuera’ (Jn. 6:37). El lo recibirá tal como es y hará algo hermoso con su vida.”

En el momento del llamamiento la Palabra de Dios es nuestra arma más eficaz. A los que no responden a la invitación del evangelio, por el mal testimonio de los cristianos a quienes conocen y han observando, necesitamos recordarles que “cada uno de nosotros rendirá cuenta a Dios de sí mismo” (Rom. 14:12). Algunos de nuestros oyentes estarán más preocupados por el hecho de que ellos no están dispuestos a dejarlo todo para seguir al Señor Jesús. Se les debe recordar esta pregunta: “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero y perder su alma?” (Mar. 8:36). Hay oyentes que no ven la verdadera necesidad de responder a Cristo porque sienten que son buenos, que no han pecado y que así agradan a Dios. A ellos se les debe recordar lo que la Biblia dice: “Porque cualquiera que guarda toda la ley pero ofende en un solo punto se ha hecho culpable de todo” (Stg. 2:10).

Podemos derrumbar las barreras de quienes sienten que han pecado demasiado, con el hermoso hecho de que “Aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos” (Isa. 1:18). Uno de los peligros desconcertantes en la mente de algunos de nuestros oyentes semana tras semana es que posponen el llamamiento de Cristo pensando que tendrán tiempo suficiente en el futuro para responder. Es nuestro deber recordarles que la Biblia dice: “No te jactes del día de mañana, porque no sabes qué dará de sí el día” (Prov. 27:1). La sencilla verdad es que no en todos los casos habrá tiempo para responder.

Es en el momento del llamamiento público y el personal cuando se libran las batallas espirituales más feroces. El enemigo busca colocar toda clase de objeciones y temores en la mente de nuestros oyentes. La única arma ofensiva en este conflicto es la Palabra de Dios. Usela. Y cuando extienda el llamamiento... *¡que sea arrasador!*

28

Que sea productivo

Al pescar hombres, por más importante e imperativo que sea, no basta con echar la red o aun con recogerla. Una vez que se ha recogido la red, nuestra tarea apenas ha comenzado. Luego debemos sacar el pescado de la red y conservarlo.

Esto incluye la capacitación y el discipulado de los nuevos creyentes para que nuestras iglesias no lleguen a ser grandes pero superficiales. Una de las características de la iglesia primitiva era que sus nuevos creyentes “perseveraban en la doctrina de los apóstoles” (Hech. 2:42). La preservación de los nuevos creyentes es la prueba de un llamamiento evangelístico verdadero e íntegro. No poder conservar a los nuevos creyentes no sólo es el resultado de un trabajo de seguimiento débil, a menudo es el resultado de la manipulación durante el tiempo del llamamiento.

En nuestra iglesia ofrecemos el llamamiento público por dos razones principales. Da oportunidad a los que han tomado decisiones personales por Cristo durante la semana a “que [le] confiesen delante de los hombres” (Mat. 10:32). En segundo lugar, el llamamiento público provee una oportunidad para presentar una invitación personal a quienes anhelan tener más orientación. Intentamos lograr que el llamamiento sea productivo hablando personalmente, en nuestro centro de bienvenida, con cada uno de los que responden. Hacemos esto con laicos capacitados que han completado un curso de 16 semanas de entrenamiento en evangelismo. Este incluye un curso breve de teología sistemática, memorización de las Escrituras, la proclamación de nuestra fe y la técnica de consejería.

Con la ayuda de un consejero capacitado, en un salón privado del centro de bienvenida, muchos nacen espiritualmente. Antes de salir del centro de bienvenida, el nuevo creyente es presentado a uno de los obreros del Departamento de Nuevos Creyentes quien inmediatamente lo registra para comenzar un curso de ocho semanas sobre las bases de nuestra fe. Se le da un cuaderno y comienza la emocionante tarea de aprender cómo orar, estudiar la Palabra de Dios, tener comunión con sus hermanos en la fe y seguir las normas básicas de la vida cristiana.

Tan pronto como completa el curso buscamos involucrar al nuevo creyente en un grupo pequeño de estudio bíblico, donde se le enseña a descubrir sus dones espirituales para que pueda llegar a ser un participante activo en uno de nuestros más de cien ministerios. Tan pronto como sea posible animamos a los nuevos creyentes a matricularse en nuestro ministerio de capacitación de evangelismo, para que aprendan a expresar su nueva fe en su manera de vivir. Estos nuevos “recién salidos del mundo” conocen a muchos y pueden tener un impacto significativo en personas que tanto necesitan de Cristo.

El llamamiento público o personal no es el final, sino el comienzo de la cosecha. Así que, al extender el llamamiento de Cristo asegúrese de... *¡que sea productivo!*

29

Que sea providencial

Todas las técnicas modernas, innovaciones y el pulir las habilidades involucradas en extender un llamamiento público o personal, nunca pueden tomar el lugar de la intervención divina, la dependencia absoluta y total en el Espíritu Santo para que obre en y a través de nosotros y otros. Antes de aventurarnos a testificar y hacer el llamamiento, debemos estar seguros de haber “recibido poder” y que el Espíritu Santo ha venido sobre nosotros para que podamos ser “testigos” eficaces de su gracia salvadora. La Biblia promete que “...recibiréis poder cuando el Espíritu Santo haya venido sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra” (Hech. 1:8). Este es nuestro maravilloso privilegio, comisión y llamamiento.

Al evaluar las preguntas que resultan de estas palabras de nuestro Señor inmediatamente antes de su ascensión, nuestros antepasados espirituales, que hacían llamamientos personales y públicos tan eficazmente, dependían de este elemento providencial, eran llenos del poder de Dios y cumplían las palabras de Hechos 1:8 en su generación, sin métodos tecnológicos. Nada puede reemplazar el poder del Espíritu Santo al testificar. Quiero repetir esas palabras: *Nada puede reemplazar el poder del Espíritu Santo al testificar.*

La primera pregunta que debemos considerar es *¿quién?* Jesús usó un imperativo en tiempo futuro cuando dijo: “Ustedes serán mis testigos”, para indicar que ningún creyente era excluido de la Gran Comisión de Cristo, ni superior a ella. Al extender el llamamiento personal también tenemos la pregunta *¿qué?* ¿Qué es lo que debemos recibir? “¡Poder!”

Esta es nuestra gran necesidad hoy cuando muchos creyentes son anémicos en testificar. La palabra *dinamita* se deriva de la palabra griega (*dunamis*) que se traduce “poder” en Hechos 1:8. La iglesia primitiva tenía poder a través del Espíritu Santo. No tenía mucha influencia. No tuvo influencia suficiente para prevenir que sus líderes fueran encarcelados, pero ¡tuvo suficiente poder para orar para que fueran liberados! Muchos de nosotros tropezamos y fallamos al extender la invitación porque confundimos la influencia con el poder. Toda la influencia que podemos ejercer, junto con palabras persuasivas y una cálida personalidad, nunca pueden reemplazar el poder que viene sólo del Espíritu de Dios.

Al extender el llamamiento, debemos también considerar la pregunta *¿cuándo?* Esto es, *¿cuándo se recibe este poder para testificar?* “Recibimos el poder cuando el Espíritu Santo viene sobre nosotros.” Cuando el poder dinámico del Espíritu mora dentro de nosotros y nos llena, compartir las buenas nuevas y ofrecer el llamamiento de Cristo llega a ser tan natural como el agua que corre río abajo. Seremos como los primeros seguidores que no podían “dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hech. 4:20).

El llamamiento también nos enfrenta con la pregunta *¿por qué?* *¿Por qué viene sobre nosotros el Espíritu Santo? ¿Por qué recibimos poder?* Por una razón: “Me seréis testigos.”

Si ha nacido de nuevo, Cristo vive en usted. Si tiene a Cristo, tiene al Espíritu Santo. Si tiene al Espíritu, tiene poder, y si tiene poder debe ser un testigo. Dios no nos llena con su Espíritu y poder para que seamos el juez, fiscal, defensor o jurado. Nos da poder para que podamos ser sus “testigos”.

Al extender el llamamiento de Cristo en público o en privado necesitamos recordar esto. No somos reclutadores tratando de convencer y obligar a otros a que se integren a nuestro club. No somos vendedores tratando de presionar a otros para que compren nuestro producto. Somos testigos de Cristo y su gracia salvadora. Decidimos testificar a otros en razón de nuestra experiencia personal y de lo que sabemos de él.

Sí, todos recibimos el poder que sólo viene de Dios, el Espíritu Santo, que nos hace aptos para ser sus testigos y con eficacia ofrecer su llamamiento a otros.

Para estar seguros de aferrarnos al elemento providencial

del llamamiento debemos considerar otra pregunta: *¿dónde?* ¿A dónde hemos de llevar estas buenas nuevas y hacer el llamamiento personal? Literalmente hemos de llevar este llamamiento a toda la ciudad, país, continente y todo el cosmos. En las palabras de Cristo, debemos apelar a los que están en “Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra”. Los que estuvieron con él en la cumbre del monte en Jerusalén así lo hicieron y en treinta años cumplieron su mandato, ofreciendo llamamientos personales y públicos como parte integral de sus vidas por dondequiera que iban. Sus llamamientos a otros, de seguir a Cristo, comenzaron en su propia ciudad. El atractivo de ir a lugares lejanos para ser sus testigos no sustituyó la importancia de comenzar en su propia casa. No podemos ser selectivos con el llamamiento y comisión de Cristo. Testificar de él y por él comienza en nuestra propia “Jerusalén” y se extiende a dondequiera que vamos “hasta lo último de la tierra”.

Con más de cinco mil millones de personas en el planeta, la nuestra es una tarea impresionante. Pero piensen en aquellos seguidores del Señor que lo comenzaron todo. Para ellos se nos antoja *geográficamente imposible*. No había aviones, imprentas, radios, televisores, teléfonos, máquinas de fax, o computadoras con notas bíblicas de estudio.

Todo parecía *legalmente imposible*. Era contra la ley hablar en el nombre de Cristo en muchos lugares. Y seguramente parecía socialmente imposible. En general, la iglesia estaba integrada por personas rechazadas por la sociedad. Pero *¡lo lograron!* Sabían que no podían depender de su propia fuerza así que sencillamente creyeron lo que Jesús les dijo. Recibieron poder en plenitud del Espíritu, y el resultado fue que llegaron a ser testigos. A dondequiera que iban extendían el llamamiento personal y públicamente, y la iglesia se multiplicó en una generación.

En conclusión, al extender el llamamiento de Cristo en público o en lo personal, sobre todo... *¡que sea providencial!*

30

Que sea prudente

Extender el llamamiento de Cristo requiere credibilidad, veracidad y honor de parte del que la extiende. Hay pastores y evangelistas que han perdido la confianza de sus congregaciones al no ser prudentes desde el púlpito. Hay ocasiones cuando, en la intensidad de un llamamiento público, el orador declara algo así: “Cantaremos dos estrofas más del himno de invitación, y si no viene otra persona concluiremos la invitación.” Cantan dos estrofas más, nadie responde, y el orador continúa el llamamiento. Cuando sucede esto corre peligro de dañar seriamente la veracidad e integridad del llamamiento mismo.

Sobre todo, el llamamiento público requiere prudencia por parte del que fue llamado a extenderlo. Lo mismo se puede decir de los que presentamos el llamamiento personal y en privado. Seamos prudentes y veraces, francos y sinceros en la manera que lo hacemos. La reputación de nuestro Señor está en juego al testificar de él y ofrecer su llamamiento.

Al decir “honestidad en el llamamiento de Cristo” queremos significar que hemos explicado adecuadamente el evangelio antes de pedir una decisión. Creo que siempre debemos hacer algún tipo de llamamiento evangelístico después de presentar el evangelio, pero lo inverso es también correcto: el evangelio siempre debe ser presentado *antes* de ofrecer un llamamiento. Todos hemos escuchado de evangelistas que cuentan una anécdota trágica tras otra apelando a las emociones de sus oyentes. Pero nunca se concentran en las buenas nuevas, en el hecho de que “Al que no conoció pecado, por nosotros Dios le hizo pecado, para que nosotros fuéramos

hechos justicia de Dios en él” (2 Cor. 5:21). Los llamamientos estrictamente sentimentales, desprovistos de la médula del evangelio, son la razón por la que muchos “nuevos creyentes” se alejan.

Ciertamente no hay nada malo en que haya sentimiento en el llamamiento. Estoy seguro de que Moisés se puso un poco emocionado cuando la zarza continuaba ardiendo, y ¡escuchó que de ella salía la voz de Dios! Lo que no está bien y es hipócrita es que ofrezcamos un llamamiento sin explicar la verdad central del evangelio y sin ser claros en cuanto a las demandas del discipulado.

Sea veraz en su llamamiento. No dé esperanzas falsas a la gente. Sus oyentes le perdonarán casi cualquier cosa, pero difícilmente le perdonarán su falta de honradez, su manipulación, sus engaños, especialmente cuando está representando a Cristo frente a un mundo perdido que desesperadamente necesita un propósito y la paz que sólo él puede dar. Al extender el llamamiento público o personalmente asegúrese de... *¡que sea prudente!*

Apéndice A

El llamamiento público

(Lo siguiente es un ejemplo, palabra por palabra, del llamamiento público tal y como es extendido domingo tras domingo en la Primera Iglesia Bautista de Fort Lauderdale, Florida, EE.UU. de A. El intento principal del autor es usarlo para dar oportunidad a los presentes que recientemente han recibido el don gratuito de la vida eterna a hacer una profesión pública “confesando a Cristo delante de los hombres”. Y se usa para animar a los que buscan respuestas, de modo que puedan ser entrevistados individualmente por un consejero capacitado en el “centro de bienvenida” inmediatamente después del llamamiento público. El escenario para el llamamiento público se establece cuando concluye el mensaje y se hace la transición al llamamiento. La congregación permanece sentada con las cabezas inclinadas, y el pastor inicia el llamamiento como sigue.)

“En un momento voy a pedirle que haga algo que requerirá valor. Le voy a pedir que deje su asiento, y venga al frente para que juntos tengamos una oración. Muchos de ustedes vendrán para ser incluidos en esta oración esta mañana. Algunos de ustedes nunca han abierto la puerta de su corazón para recibir el regalo gratuito de la vida eterna, Cristo Jesús, como su Salvador personal. Tienen una cita divina con Dios esta mañana, y no están aquí por accidente.

“Quizás sienta al Espíritu de Dios tocando a la puerta de su corazón, pero sinceramente no sabe qué diría si respondiera y se acercara a mí aquí al frente. Quiero decirle que no tiene que preocuparse por lo que hay que decir. Con el sólo hecho de venir aquí estará diciendo: ‘¡Hoy comienzo a andar por el camino de Dios!’ Cuando llegue aquí, guiaré a todos en una oración. Tendremos materiales de estudio bíblico para ayudarle, y si viene buscando

respuestas, queremos tener el privilegio de guiarle a confiar en el Señor Jesús. Confiar solamente en él esta mañana, significa que Dios le perdonará todos sus pecados y los borrará, como si nunca hubieran sucedido. También significa que Cristo mismo vendrá a vivir en usted y nunca lo dejará. Significa que le dará un lugar en el cielo y gozo en su camino al cielo. Así es que, en un momento, le voy a pedir que venga y reciba este regalo gratuito.

“Hay otros aquí en esta mañana que ya han abierto sus corazones a Cristo; quizás en esta semana o cuando haya sido. Pero usted nunca lo ha confesado pública, abiertamente, sin avergonzarse. En un momento le voy a pedir que se una a los demás que están pasando, y al venir para ser incluido en esta oración estará diciendo: ‘Estoy haciendo una profesión pública de mi fe en Cristo Jesús.’

“Esta acción ayudará a sellar la decisión en su vida. Nuestro Señor nunca llamó a una persona a que lo siguiera sin hacerlo públicamente. A la orilla del mar, frente a todos sus colegas y amigos, llamó a los pescadores a que lo siguieran. En Jericó, frente a una enorme multitud que se había juntado en la calle, llamó a Zaqueo para que lo siguiera. Hay algo en adoptar una postura pública por Cristo que ayuda a sellar la decisión personal que ya se ha tomado en el corazón. En realidad, Jesús dijo: ‘Por tanto, a todo el que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos’ (Mat. 10:32). ¿Cómo puede esperar testificar de Cristo en los mercados del mundo, donde hay tanta hostilidad para con él, si no está dispuesto a caminar por el pasillo de este templo enfrente de otros cristianos que se regocijarán con usted en su decisión? Por lo tanto, en un momento cuando otros vengan, le voy a pedir que usted sea el primero en venir al frente.

“Aun otros están aquí que ya son cristianos, pero que no son activos en la iglesia local de esta ciudad. Quizás acaban de mudarse. Han traído todo lo que poseen, sus muebles, su familia y aun sus animalitos domésticos. Todo, excepto su membresía. En un momento voy a pedirles que se unan a los otros que están viniendo y al hacerlo dirán: ‘Voy a salir de las sombras para ser miembro de esta iglesia para servir a Cristo en y a través de esta expresión local de su cuerpo.’ Han estado alimentándose espiritualmente aquí por algún tiempo. Han pensando en ser parte de nuestra congregación. Lo han estado planeando y orando. Lo único que les queda por hacer es decidirse ahora mismo. Al unirse con nosotros en esta mañana y ser incluidos en esta oración también estarán sirviendo como acompañantes para los muchos aquí que necesitan conocer a Jesucristo personalmente.

“Hay otros aquí esta mañana con un amigo que necesita conocer a Jesús. Puede ser que el Espíritu de Dios le esté indicando que tome la mano de ese amigo y le diga: ‘Vayamos por el camino de Dios esta mañana. Yo iré contigo. ¡Vayamos juntos!’ Muchos en la Biblia así lo hicieron. Andrés encontró a Pedro, lo tomó de la mano y lo trajo a Jesús. Felipe trajo a Natanael. Y por eso la iglesia ha seguido creciendo siempre. Sienta la seguridad de que si el Espíritu Santo le está guiando a usted a hablarle a su amigo, también está tocando el corazón de él. Cuando el Espíritu guía a un Felipe al desierto de Gaza es porque está trabajando en el corazón de un etíope y espera que lo tome de la mano y lo traiga a Jesús. Cuando el Espíritu guía a un Pedro a Cesarea es porque simultáneamente está trabajando en el corazón de un Cornelio. Tome la mano de su amigo esta mañana y diga: ‘Vamos, yo iré contigo’. Y traiga a su amigo a Jesús. No se arrepentirá de haberlo hecho.

“Hay otros aquí esta mañana que se atreven a ser sinceros y decir: ‘Pastor, no sé lo que yo necesito. Pero mi vida no tiene propósito, o paz, o dirección’. El ‘algo’ que ha buscado para llenar el vacío en su vida puede ser encontrado en Alguien esta mañana, y su dulce nombre es Señor Jesús. Le voy a pedir que se una a los demás y venga para ser incluido en esta oración. No se preocupe de lo que tenga que decir al llegar aquí. Al venir como alguien que busca respuestas estará diciendo: ‘Quiero ir por el camino de Dios hoy y confiar en él’. Y cuando venga, ‘Sus pecados él borrará, su oscuridad se convertirá en luz, su vida... él renovará’. ¡El tiene una vida nueva para usted y un nuevo comienzo!

“Cualquiera que sea la decisión en su corazón, un deseo de conocer a Cristo personalmente, una entrega pública de su vida a Cristo, unirse a la iglesia y ser parte de nuestra congregación, traer un amigo a Jesús, o simplemente venir buscando respuestas, le voy a pedir que salga de su asiento, y comience a caminar al frente para estar junto a mí. Al venir estará diciendo: ‘Iré hoy por el camino de Dios’. No espere a los demás. Si siente la más mínima lucha en su corazón sepa que es el Espíritu de Dios obrando en usted. Muchos vendrán, y es lo que deben hacer. ¡Usted sea el primero en venir!”

(En este momento en el llamamiento público la congregación permanece sentada en espíritu de oración mientras hombres y mujeres, niños y niñas responden al llamamiento. Hay ocasiones cuando, según dirige el Espíritu, el llamamiento se extiende en una de las siguientes maneras usando la Palabra de Dios.)

“La Biblia dice: ‘Si oís *hoy* su voz, no endurezcáis vuestros corazones’ (Heb. 3:8, 15; 4:7, itálicas del autor). Finalmente y con

brevedad hablo a los que están aquí ‘oyendo su voz’ en su corazón. Usted lo sabrá si así es. Es como si Jesús estuviera tocando a la puerta de su corazón. Cada vez que él llama y usted lo rehúsa, su corazón se endurece un poco más. En realidad, la palabra que la Biblia usa para describir esto es ‘perder toda sensibilidad’ (Ef. 4:19). Si usted ha perdido la sensibilidad sabrá que puede pincharse con un alfiler y nunca sentirlo. Rehúsar continuamente el llamamiento de Cristo tiene el mismo efecto en el corazón. Llegará un tiempo cuando, aunque él aún esté llamando, usted ya no lo escuchará. Por eso es urgente que responda en esta hora. Si hay la menor señal en su corazón de que Dios le está llamando para que venga a él, hágalo ahora. Sí, ‘si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones’ (itálicas del autor).

“La Biblia dice: ‘¡Buscad a Jehovah mientras puede ser hallado! ¡Llamadle en tanto que está cercano!’ (Isa. 55:6). El le espera esta mañana. El está muy cerca de su corazón. Sí, Jesús pasa por su corazón en este mismo momento. Algunos están a punto de tomar una decisión a favor de Cristo, como nunca antes han estado. Es posible que nunca lo vuelva a estar. Aproveche este momento. El lo recibirá como el padre recibió al hijo pródigo, con los brazos abiertos, sin acusaciones o amenazas, simplemente con los brazos abiertos que dicen: ‘Ven’.

“La Biblia dice: ‘El Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios’ (Rom. 8:16). Quizá usted no esté seguro de su destino eterno. Incline su cabeza y pregúntese: *¿Soy salvo?* ¿Da testimonio el Espíritu Santo del espíritu de usted? La Biblia también dice: ‘Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios’ (v. 14). ¿Qué le está guiando el Espíritu Santo a hacer en esta mañana? Piénselo.

“Si usted está aquí sin Cristo, ¿qué cree que le está guiando a hacer? El no le guiará a salir de este lugar rechazándole o siendo indiferente a él. Si ha puesto su confianza en él, pero nunca se lo ha dicho a nadie, ¿qué cree que le está guiando a hacer ahora? ¿Salir de aquí y seguir siendo un discípulo secreto, o venir al frente con nosotros y comprometer su vida a él quien se comprometió por usted en vida a través de la muerte para darle nueva vida?

“Si usted está aquí y no es activo en otra iglesia local ¿cree que piensa usted que Cristo le está guiando a hacer? Cuando usted se alista en el ejército no sólo es parte de las fuerzas armadas en general. Cumple sus obligaciones en una base local donde tiene que dar cuenta a sus superiores y se le dan tareas de servicio. Lo mismo es cierto en el ejército de Dios. El nos asigna a áreas locales y quizás él le quiere asignar a esta iglesia hoy.

“Si usted está con un amigo que necesita a Jesús, ¿qué cree que Jesús le está guiando a hacer? ¿Animar a su amigo para que venga a Cristo o salir sin decirle ni una palabra? Sí, ‘los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios’. Dios, el Espíritu Santo, le está guiando esta mañana hacia el Señor Jesucristo, y al venir a sumarse a con los muchos que ya están aquí estará indicando que hoy comenzará a andar por el camino de Dios. Y, es lo que debe hacer. Aquí estoy para recibirle cuando venga.”

Apéndice B

El llamamiento personal

El llamamiento público de la iglesia depende de la eficacia de los llamamientos personales por Cristo que cada miembro hace en su diario vivir. Muchos de los que responden a los llamamientos públicos en la Primera Iglesia Bautista de Fort Lauderdale lo hacen porque han sido guiados personalmente a confiar en Cristo por laicos capacitados en compartir su fe, y lo hacen como parte integral de sus vidas. Desde 1978 la iglesia ha entrenado a miles de sus miembros en Evangelismo Explosivo, muchos de los cuales se han esparcido por todo el país y el mundo, animando a otros a practicar el evangelismo personal. En la actualidad existen varios cursos buenos sobre cómo evangelizar. Los llamamientos personales que se detallan a continuación son los programas planeados para usar al entrenar al ejército de evangelistas laicos en la Primera Iglesia Bautista en Fort Lauderdale.

¿ESTÁ USTED SEGURO DE QUE IRÁ AL CIELO?

Si Dios le preguntara: **¿POR QUÉ DEBO DEJARTE ENTRAR A MI CIELO?**, ¿qué respondería usted? Si usted no está seguro o titubea al contestar la pregunta, ¡este folleto contiene las...mejores noticias que jamás haya escuchado! Los pocos minutos que le tomará leer las siguientes páginas podrían ser los momentos más importantes de su vida! ¿Sabía usted que la Biblia nos dice cómo **PODEMOS ESTAR SEGUROS** de tener la vida eterna e ir a estar con Dios en el cielo?

“Estas cosas os he escrito a vosotros... para que sepáis que tenéis vida eterna” (1 Jn. 5:13).

En seguida le diremos cómo **PUEDE ESTAR SEGURO...**

1. EL CIELO (LA VIDA ETERNA) ES UN DON GRATUITO.

La Biblia dice: “el DON de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rom. 6:23b). Y porque el cielo es un regalo como cualquier auténtico regalo... **NO SE GANA NI SE RECIBE PORQUE UNO LO MEREZCA.** Por lo tanto, no importa cuánto esfuerzo personal, cuántas buenas obras o caridad religiosa realice, éstos no le pueden ganar un lugar en el cielo.

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y ESTO NO DE VOSOTROS, pues es don de Dios, NO ES POR OBRAS, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8, 9). ¿POR QUE es que nadie puede ganarse la entrada al cielo?

Porque...

2. EL HOMBRE ES PECADOR.

“Porque todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios” (Rom. 3:23). Pecar es violar las leyes de Dios e incluye cosas como codicia, engaño, fraude, enojo, malos pensamientos, conducta inmoral y más.

Y debido a esto...

EL HOMBRE NO PUEDE SALVARSE A SÍ MISMO.

Si usted quisiera salvarse por medio de las buenas obras, ¿sabe usted qué bueno tendría que ser?

La Biblia dice que tendría que ser *perfecto*.

“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mat. 5:48).

Con una norma tan alta, nadie se puede salvar a sí mismo, pues Dios también dice:

“Porque cualquiera que guarda toda la ley pero ofende en un solo punto se ha hecho culpable de todo” (Stg. 2:10).

A pesar de nuestro pecado...

3. DIOS ES MISERICORDIOSO, y por lo tanto NO DESEA CASTIGARNOS.

Esto se debe a que...

“Dios es amor...” (1 Jn. 4:8b).

y él dice:

“Con amor eterno te he amado” (Jer. 31:3b).

Pero la misma Biblia que nos dice que Dios nos ama también nos dice que...

DIOS ES JUSTO, y por lo tanto TIENE QUE CASTIGAR EL PECADO.

Él dice:

“De ninguna manera dará por inocente al culpable...” (Exo. 34:7b).

“El alma que peca, ésa morirá” (Eze. 18:4b).

Tenemos un problema; todos hemos pecado. La paga del pecado es la muerte. Necesitamos el perdón para poder tener una relación correcta con Dios.

Dios resolvió este problema por nosotros en la Persona de...

4. JESUCRISTO

¿Quién exactamente diría usted que es Jesucristo?

La Biblia nos dice claramente que él es el DIOS-HOMBRE infinito.

“En el principio era el Verbo (Jesús), y el Verbo (Jesús) era con Dios,... y el Verbo (Jesús) se hizo carne y habitó entre nosotros...” (Juan. 1:1, 14).

Jesucristo vino al mundo a vivir una vida sin pecado, pero mientras estuvo en la tierra...

¿QUÉ HIZO?

Murió en la cruz para pagar el precio de nuestros pecados y resucitó de la muerte para reservar un lugar para nosotros en el cielo.

“Todos nosotros nos descarriamos como ovejas; cada cual se apartó por su camino. Pero Jehovah cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isa. 53:6).

Dios odia nuestros pecados, pero por su amor para con nosotros, los puso todos sobre su Hijo. Cristo llevó nuestro pecado en su cuerpo en la cruz.

Ahora Jesucristo le ofrece vida eterna (cielo) como un regalo gratuito.

Este regalo se recibe por...

5. FE

La fe es la llave que abre la puerta al cielo. Muchas personas confunden dos cosas con la fe salvadora:

1. Un simple CONSENTIMIENTO INTELECTUAL, eso es, creer ciertos hechos históricos. La Biblia dice que el diablo cree en Dios, así es que creer en Dios no es fe salvadora.

2. Una simple FE TEMPORARIA, eso es, confiar en Dios sólo durante tiempos de crisis económica, de familia o de salud. Es bueno y debemos confiar en Cristo en estas crisis, pero ¡hacerlo no es tener una fe salvadora!

LA FE SALVADORA es confiar sólo en Cristo Jesús para la salvación. Significa descansar solamente en Cristo y lo que él ha hecho en vez de lo que usted o yo hayamos hecho para entrar al cielo.

“Cree (confía) en el Señor Jesús y serás salvo...” (Hech. 16:31a).

La fe es como la mano de un mendigo que recibe el regalo de un Rey. No merecemos el regalo de vida eterna. Pero podemos tenerlo, si lo recibimos por fe.

Acaba de leer usted la historia más grande que jamás se ha contado acerca de la oferta más grande que jamás se ha hecho por la Persona más grande que jamás vivió, Jesucristo. La pregunta que Dios le está haciendo ahora es...

¿LE GUSTARÍA RECIBIR EL REGALO DE LA VIDA ETERNA?

Como esto es una cuestión de mucha importancia... **ACLAREMOS** exactamente lo que involucra. Significa, en primer lugar, que usted **TRANSFIERE SU CONFIANZA** en lo que ha estado haciendo a lo que Cristo ha hecho por usted en la cruz. Significa, luego, que usted **RECIBE AL CRISTO RESUCITADO, VIVIENTE** en su vida como **SALVADOR**. El dice: *“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo (a la puerta de su vida); si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él”* (Apoc. 3:20).

Además, significa que usted **RECIBE A JESUCRISTO EN SU VIDA COMO SEÑOR**. El viene como Señor y Rey. Hay un trono en su corazón, y ese trono le pertenece a él. El lo hizo. El lo compró a usted y desea tomar su lugar legítimo en el trono de su vida. Significa, finalmente, que usted **SE ARREPIENTE DE SUS PECADOS**. Significa que usted está dispuesto a dar la espalda a cualquier cosa que ha estado haciendo que no agrada a Dios y seguirlo según él le revele su voluntad en su Palabra.

Ahora, si esto es lo que verdaderamente desea...

USTED PUEDE ACERCARSE A DIOS EN ORACIÓN donde quiera que esté. Usted puede recibir su regalo de vida eterna a través de Jesucristo ahora mismo.

SUGERIMOS ESTA ORACIÓN: “Señor Jesús, reconozco que soy pecador y no merezco la vida eterna. Pero, creo que moriste y resucitaste para obtener un lugar para mí en el cielo. Señor Jesús, entra a mi vida; toma control de mi vida; perdona mis pecados y sálvame. Me arrepiento de mis pecados y ahora confío en ti para salvación. Acepto el regalo gratuito de la vida eterna.” Si esta oración es el deseo sincero de su corazón, fíjese en lo que Jesús promete a los que creen en él.

“De cierto, de cierto os digo: El que cree tiene vida eterna” (Juan 6:47).

¡BIENVENIDO a la familia de Dios!

Si de veras se ha arrepentido de sus pecados, ha puesto su confianza en la muerte sacrificial de Jesucristo, y ha recibido el regalo de la vida eterna, ¡usted es ahora un hijo de Dios! ¡Para siempre! ¡Bienvenido a la Familia de Dios!

“Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio derecho de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12).

HOY es su DÍA DE NACIMIENTO ESPIRITUAL...

¡un día que siempre querrá recordar! *“Los cuales nacieron no de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad de varón, sino de Dios”* (Juan 1:13).

Cuando nació usted físicamente, el día de su nacimiento fue verificado por un certificado.

Así que hoy, para que siempre recuerde lo que Dios hizo en su vida en este importante día, le invitamos a firmar y guardar este...

CERTIFICADO DE NACIMIENTO ESPIRITUAL

“Porque todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo” (Rom. 10:13). Sabiendo que he pecado y que necesito al Señor Jesucristo como mi Salvador, ahora me aparto de mis pecados y confío en Jesús que me da vida eterna. Pido a Jesucristo que me perdone y me proteja del poder del pecado y me dé vida eterna.

Ahora doy mi vida a Jesucristo, para que él la gobierne.
De hoy en adelante, conforme me dé fuerzas, buscaré servirle y obedecerle en todas las áreas de mi vida.

Fecha _____

Firma: _____

¿Y AHORA QUÉ? Así como un bebé crece físicamente, usted también crecerá espiritualmente siguiendo estos pasos:

1. Lea cada día un capítulo del Libro de Juan en la **BIBLIA**. *“Desead como niños recién nacidos la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis”* (1 Ped. 2:2).

2. Dedique tiempo cada día a la **ORACIÓN**, conversando con Dios. *“Por nada estéis afanosos; más bien, presentad vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego...”* (Fil. 4:6).

3. **ADORE** regularmente en una iglesia que le enseñe la Biblia y honre a Jesucristo.

“Yo me alegré con los que me decían: ‘¡Vayamos a la casa de Jehovah!’” (Sal. 122:1).

“Dios es espíritu; y es necesario que los que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad” (Juan 4:24).

4. Tenga **COMUNIÓN** con otros cristianos que le ayuden a crecer en la fe.

“Así que los que recibieron su palabra... perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hech. 2:41, 42).

5. ¡Sea un **TESTIGO** contando a otros lo que Jesucristo significa para usted!

Jesús dijo: *“Por tanto, a todo el que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos”* (Mat. 10:32, 33).

Recuerde asistir regularmente a las reuniones de una **IGLESIA** que enseñe la Biblia, donde se honre a Jesucristo. Confiese su fe en Cristo a la congregación y hágase miembro de ella.

“No dejemos de congregarnos, como algunos tienen por costumbre...” (Heb. 10:25).

(Usado con permiso de *Evangelism Explosion II, International*, P. O. Box 23820, Fort Lauderdale, Florida.)

El siguiente llamamiento personal fue creado por la División de Evangelismo de la Junta de Misiones Domésticas de la Convención Bautista del Sur y es usado eficazmente en iglesias del país.

¿ESTÁ USTED SEGURO DE TENER LA VIDA ETERNA Y DE QUE IRÁ AL CIELO CUANDO MUERA?

Dios quiere que usted esté seguro.

La Biblia dice: *“Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna”* (1 Jn. 5:13).

Otra observación a considerar es:

Usted puede saberlo, porque Dios nos ama y tiene un propósito para nuestras vidas. La Biblia lo dice de esta forma: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna”* (Juan 3:16).

EL PROPÓSITO DE DIOS ES QUE TENGAMOS VIDA ETERNA

- **Recibimos la vida eterna como un regalo gratuito.**

“El don de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rom. 6:23).

- **Podemos vivir una vida llena y abundante desde ahora.**

“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10).

- **Pasaremos la eternidad con Jesús en el cielo.**

“Y si voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré conmigo; para que donde yo esté, vosotros también estéis” (Juan 14:3).

La vida eterna da verdadero significado a la vida.

Sin embargo...

Nuestra naturaleza pecaminosa nos impide cumplir el propósito de Dios para nuestras vidas. Por lo tanto...

NUESTRA NECESIDAD ES COMPRENDER NUESTRO PROBLEMA

- **Todos somos pecadores por naturaleza y elección.**

“Porque todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios” (Rom. 3:23).

- **No podemos salvarnos a nosotros mismos.**

“No es por obras, para que nadie se gloríe” (Ef. 2:9).

- **Merecemos la muerte y el infierno.**

“Porque la paga del pecado es muerte” (Rom. 6:23).

Es cierto que:

Dios es santo y justo y tiene que castigar el pecado, pero él nos ama y ha provisto el perdón para nuestro pecado. Jesús dijo: *“Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6).*

Las Buenas Nuevas son que Dios ha provisto para el perdón de nuestros pecados.

LA PROVISIÓN DE DIOS ES JESUCRISTO

- **Jesús es Dios y se hizo hombre.**

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios...Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Juan 1:1, 14).

- **Jesús murió por nosotros en la cruz.**

“Porque Cristo también padeció una vez para siempre por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Ped. 3:18).

- **Jesús resucitó de los muertos.**

“(Jesús) fue entregado por causa de nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación” (Rom. 4:25).

Estas son buenas nuevas,... pero la única manera en que Jesús puede afectar nuestras vidas es recibéndolo. La Biblia

dice: *“Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio derecho de ser hechos hijos de Dios”* (Juan 1:12).

La elección es nuestra. Por lo tanto...

NUESTRA RESPUESTA ES RECIBIR A JESÚS

• Debemos arrepentirnos de nuestro pecado.

“Por tanto, arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados” (Hech. 3:19).

El arrepentimiento no sólo es sentir tristeza por nuestro pecado. *“...que se arrepientan y se conviertan a Dios, haciendo obras dignas (que den evidencia) de arrepentimiento”* (Hech. 26:20).

El arrepentimiento es darle la espalda al pecado y acercarse a Dios por medio de Jesús. Es dar una media vuelta.

Al dar la vuelta...

• Debemos depositar nuestra fe en Jesús.

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Ef. 2:8).

La fe es no sólo creer ciertos hechos acerca de Jesús. *“Tú crees que Dios es uno. Bien haces. También los demonios creen y tiemblan”* (Stg. 2:19).

Tener fe es confiar en Jesús. Es como si hiciéramos un viaje en avión. Nunca completaremos el viaje hasta confiar en el avión lo suficiente como para subirnos en él.

Confiar totalmente en Jesús significa que...

• Debemos integrarnos a Jesús como Señor.

“Que si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y si crees en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se hace confesión para salvación” (Rom. 10:9, 10).

Entregarnos a Jesús como Señor no sólo es decir que le damos nuestra vida. *“No todo el que me dice ‘Señor, Señor’ entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos”* (Mat. 7:21).

Entregarnos a Jesús como Señor es darle a él control de nuestra vida.

Darle control de nuestra vida a Jesús es igual que viajar por la carretera con otra persona. Mientras usted esté manejan-

do, usted está en control. Si, en algún momento, usted se da cuenta de que no conoce el camino, pero la otra persona sí, y le dice: “Tú toma el volante y maneja”, entonces la otra persona está en control y ambos toman el camino que él escoja.

Como *evidencia* de darle control a Jesús, usted querrá identificarse con él. El método del Nuevo Testamento es confesar a Jesús públicamente (Mat. 10:32, 33), obedecerle en el bautismo y hacerse miembro de la iglesia (Hech. 2:41).

TRES PREGUNTAS IMPORTANTES:

1. **¿Tiene sentido para usted lo que ha leído?**
2. **¿Existe alguna razón por la cual no estaría dispuesto a recibir el regalo de vida eterna que Dios quiere darle?**
3. **¿Estaría dispuesto a apartarse de su pecado y depositar su fe en Jesús ahora mismo?**

La Biblia dice: “*Porque todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo*” (Rom. 10:13).

Necesita pedirle al Señor que lo salve.

Por favor lea esta oración y considere si es lo que desea decirle a Dios.

Querido Señor Jesús, creo que eres el Hijo de Dios, y que moriste en la cruz y resucitaste de los muertos. Sé que he pecado y necesito el perdón. Me arrepiento de mis pecados y te recibo como mi Salvador y Señor. Gracias por salvarme.

Bienvenido a la familia de Dios. Acaba de tomar la decisión más importante de su vida. Usted puede estar seguro de que es salvo y tiene la vida eterna porque...

Si llama al Señor con arrepentimiento, fe y entrega, usando estas o sus propias palabras, Jesús será su Salvador y Señor.

SU GARANTÍA... Usted puede saber que tiene vida eterna porque:

Dios cumple sus promesas.

- Usted se arrepintió de su pecado (Hech. 3:19).

- Usted colocó su fe en Jesús (Ef. 2:8, 9).
- Usted se rindió a Jesús como Señor (Rom. 10:9, 10).

Dios escuchó su oración.

“Porque todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo” (Rom. 10:13).

Dios registró su compromiso.

“...regocijaos de que vuestros nombres están inscritos en los cielos” (Luc. 10:20).

Necesita crecer como cristiano.

La Biblia llama a los nuevos cristianos “niños en Cristo” (1 Cor. 3:1). Sin ciertos elementos esenciales, los bebés no se desarrollarán normalmente.

La iglesia es a un cristiano nuevo lo que el *hogar y la familia* son para un nuevo bebé.

Uno se identifica con su nueva familia confesando a Jesús públicamente; y siendo bautizado con el bautismo del creyente. *“Así que los que recibieron su palabra fueron bautizados, y fueron añadidos en aquel día como tres mil personas”* (Hech. 2:41).

Asista a los cultos de la iglesia los domingos y comparta con el pastor que desea ser bautizado y ser miembro de la iglesia.

La oración es para el nuevo cristiano lo que respirar es para un nuevo bebé. La acción de respirar debe ser regular y continua. La Biblia dice: *“Orad sin cesar”* (1 Tes. 5:17).

Aprenda a ser específico en su oración. *“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad”* (1 Jn. 1:9).

La Palabra de Dios es para un cristiano nuevo lo que la comida nutritiva es para un nuevo bebé.

La comida nutritiva es un requisito diario para el crecimiento adecuado. *“Desead como niños recién nacidos la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación”* (1 Ped. 2:2).

La mejor hora en que puedo orar y leer la Biblia cada día es _____.

Aprender a ser testigos es para el cristiano nuevo lo que

aprender a hablar es para el nuevo bebé. Cristo nos manda a compartir las buenas nuevas con otros. “Me seréis testigos” (Hech. 1:8).

Escriba el nombre de una persona a quien le gustaría contar acerca de la decisión que tomó por Cristo _____, y el nombre de una persona que necesita recibir a Cristo _____.

Asegúrese de decirles acerca de su nueva vida tan pronto como sea posible.

Recibí a Cristo _____
(fecha)

(nombre)

(Usado con el permiso de la Junta de Misiones Domésticas de la Convención Bautista del Sur.)

Recojamos la red

“O. S. Hawkins es uno de los pastores-evangelistas más renombrados en el mundo occidental. La Primera Iglesia Bautista de Fort Lauderdale, Florida, iglesia que él pastoreó (actualmente es pastor de la Primera Iglesia Bautista de Dallas, Texas), es única en su género en los EE. UU. de A. Su ministerio se extiende más allá de la congregación local.”

Billy Graham

“Este libro se puede leer como aquellos consejos motivadores y preliminares al juego, expresados por el entrenador competente de un equipo ganador. Su lectura me hace desear ‘jugar duro’ por la causa de Cristo y los perdidos.”

Bill Hybels, pastor de *Willow Creek Community Church*

“El doctor Hawkins nos presenta 30 principios prácticos de evangelismo que le ayudaron a desarrollar una de las iglesias de mayor crecimiento en el sur de los EE. UU. de A. Tanto pastores como obreros laicos encontrarán que estas técnicas, que han sido previamente probadas y evaluadas, son sencillas de comprender, fáciles de seguir y garantizadas para producir resultados.”

Dr. James Kennedy, *Coral Ridge Ministries*

“Yo trabajé con O. S. Hawkins por 15 años, posee el don de evangelista y es excelente en conseguir resultados. Este libro está lleno con ayudas prácticas en la meta preciosa de ganar personas para Cristo.”

Dr. George Sweeting, Rector del Instituto Bíblico Moody

Otras obras para el pastor-evangelista

Jesús el líder modelo, B. Briner y R. Pritchard

¿Es bíblico restaurar al ministro que cae en pecado sexual?

J. L. Martínez

Plan supremo de evangelización, R. E. Coleman

La evangelización personal para hoy, G. W. Schweer

Prepárese para evangelizar, R. Sisson



Casa Bautista
de Publicaciones

42099

ISBN 0-311-42099-0
ISBN 978-0-311-42099-5



9 780311 420995